

1

Todo lo que me llevo, me pertenece y, lo sabés. Está fuera de discusión. Hubiese preferido una conversación más extensa y explicativa. O simplemente conversar. Pero esta resistencia tuya, tan cruel, no me deja alternativa. Me voy. Sí. Lees bien. Te dejo. O quizá vos me dejaste antes. No importa quién se apropia de este verbo. Adiós, Pablo. De todos modos, quiero que sepas que siempre existirá en mí una manera, empecinada y tortuosa, de amarte en silencio. Nunca más tuya.

CLARA.

Terminé de escribir la carta en uno de los papeles sellados con sus iniciales. PB, Pablo Bravo. Luego tomé un sobre usado, probablemente de alguna factura de gas o teléfono, y allí guardé la carta a la que le puse fecha del día anterior. En el sobre escribí su nombre con un marcador dorado y la coloqué sobre la almohada, donde descansaba su cabeza. Desde ella se extendía todo él. Largo,

quieto, imprevisible. Tibio y muerto. Hacía algo más de una hora que había sufrido un ataque imprevisto. El pecho oprimido y un grito de animal, casi un alarido, anunciaron su silencio eterno. El corazón —estaba segura— le había estallado. Demasiado alcohol y demasiadas pastillas, las llevaba en su portafolios, en una especie de cofre japonés. Allí guardaba sus cócteles: para despertarse, para mantenerse todavía más despierto, para dormir, para aquietar la ansiedad, vitaminas y distintos tipos de antioxidantes. Había, también, demasiado trabajo y demasiado tabaco y demasiado de todo tipo de excesos. Menos uno, el de amarme.

Tampoco tenía muy claro si eso lo hubiese salvado, pero lo que sí es seguro es que me habría inhabilitado para actuar con la fría meticulosidad que la situación, y básicamente mis intenciones, requerían.

Necesitaba irme antes de que alguien, además de mí, supiera de su muerte. Apagué su móvil. Desconecté nuestro teléfono y salí a la calle. No me pareció que respirara.

Con su tarjeta de banco vacié, prácticamente, todas las cuentas —que quede claro que todo el dinero era mío—, dejando apenas unos pesos para no despertar sospechas a los del banco. Lo que sucediera después no me importaba.

Cargué el dinero en unas bolsas de plástico blancas, pequeñas, como de supermercado, que había llevado especialmente para la ocasión. Volví a la casa y no entré en nuestra habita-

ción. Tomé mis documentos que como siempre estaban guardados en un cajón de un mueble del living. Tomé el bolso que colgaba del perchero de la entrada y allí coloqué el dinero y el globo terráqueo en miniatura que me gustaba hacer girar desde la mesa de mi escritorio. Guardé dos mudas de ropa arrugadas que saqué de la soga de la terraza y me fui con lo puesto, directo al aeropuerto, en un taxi de la calle.

Me monté al primer avión que prometía dejarme del otro lado del océano. Necesitaba otros continentes. En América sólo había encontrado desamor.

Viajé en primera rumbo a Madrid. Una ciudad que no conocía demasiado. Estaba bien para empezar. Enseguida, cuando me organizara, me desplazaría a un sitio cuyo nombre no me sonara a nada.

Tenía que encontrarlo y ahora podía abusar de la extensión del mundo para iniciar mi exploración. Porque el hombre de mi vida debía encontrarse en alguna frontera que yo todavía no había cruzado. No podía haber sido ese cuerpo con el que había amanecido. Además de todo, además de jactarse de no quererme, se había muerto. Me había quedado demasiado tiempo junto a él, ahora que ya no respiraba, ocuparme de su entierro me parecía abyecto.

Por eso, supongo que un arrebató brutal y despiadado se apoderó de mí. Fue lo que me permitió dejar Buenos Aires sin mirar para atrás y sin una pizca de culpa.

Clara Bravo estaba despechada. Pero llevaba todo su rencor apretado en el pecho y en la tensión de sus piernas y de sus brazos que, amontonados contra su tronco, la acurrucaban en posición fetal en un asiento de pasillo en un vuelo nocturno de Iberia.

Su cara, en cambio, apenas delataba cansancio, pero esa única condición alcanzaba para desnudar sin compasión el rostro de una mujer que se creía irremediamente fea. Porque Clara Bravo estaba convencida de que lo era. Y no hacía nada para disipar su certeza. La avergonzaba la dureza de su cara, la asimetría de sus rasgos, su marcado vello oscuro sobre el labio superior —finito, invisible, como de bruja—, su piel poceada, su nariz ancha y esa cabellera larga, de leona, pero precozmente gris. Un lunar irrumpía en el mentón, negro y fino, otorgándole misterio y sensualidad en lo que ella consideraba un rostro infeliz.

Clara Bravo también estaba dotada de un cuerpo inusualmente grande pero bien proporcionado —salvo por las sinuosidades de una tripa que se hinchaba y deshinchaba con bastante arbitrariedad— fruto de un insólito regalo de la naturaleza. A veces se pedorreaba sin poder evitarlo.

Así como su rostro podía resultar perturbador por su extrañeza, su cuerpo inquietaba por su vigor, por su altura y tonicidad y por un par de pechos que borrraban, muchas veces en pocos

segundos, la primera impresión de sus ojos marchitos y de su piel ajada. Sus pechos eran, siempre y cada vez, su carta de triunfo en la batalla por la conquista de un hombre. Las miradas espantadas que se dirigían a su rostro caían, como si las indujera la fuerza de la gravedad, hacia la unión rolliza de sus pechos, y el espanto se neutralizaba y muchas veces se transformaba en admiración y deseo.

Clara Bravo era muy consciente tanto del rechazo que provocaba su cara como de la fuerte impresión que causaban sus tetas inmensas y aprovechaba su diferencia usando escotes y ropa ceñida y medio transparente que no dejara dudas sobre sus virtudes.

Si su cara era un pobre peón mal movido, sus pechos la vengaban con un honroso jaque mate. Aunque muchas veces, exactamente todas desde que tuvo uso de razón hasta que se montó a ese avión, había perdido la partida y se había quedado jugando sola. Y sabía que ni su fealdad ni sus tetas eran la causa, había algo más. Eso era lo que tenía que cambiar.

La muerte inesperada de Pablo Bravo operó en ella como un disparador y se prometió que nunca más iba a aceptar relaciones compasivas, tramitadas, desaparejas, humillantes, barajadas en el señuelo de sus pechos. Ahora quería amor, recíproco y correspondido, y sólo eso buscaría apenas se bajara de ese avión. Tenía una decisión firme y un deseo concentrado exclusiva y obsesi-

vamente, en eso. Tanta tenacidad no podía ser failable. Por primera vez no se sentía ni temerosa ni indecisa. Estaba segura de que durante sus treinta y siete años, toda su vida, cada minuto de auto-compasión, temor y menosprecio hacia sí misma —de eso se trataba todo—, no habían hecho más que devolverle miradas y sentimientos cargados de esa conmiseración que toda ella emanaba. Un sentimiento que pronto se transformaba en fastidio y luego, indefectiblemente, en rechazo.

Lo que había despertado la muerte de Pablo era un aparente, repentino e infinito amor hacia sí misma que, sabía, la convertiría en invencible. Otra mujer, enfundada en el mismo cuerpo y dueña de la misma cara, sería la que se bajaría de ese avión en Madrid. Otra, ni parecida a la que había dejado para siempre en la ciudad que la vio nacer. Olvidada de la vergüenza de su mirada ante el espejo, transportada a un mundo donde se debatían todas las posibilidades por las que fuera capaz de arriesgarse, así pisaría suelo español, para conocer por fin aquello que jamás había vivido.

Pablo Bravo era el último nombre de una tupida lista de amores no correspondidos que habían poblado la vida de Clara, cuyo apellido era Bravo por pura casualidad. Ese nombre repetido fue lo que en principio los conectó la tarde que se conocieron en la veterinaria de la que Clara era dueña.

Desde muy chica, Clara Bravo quiso asegu-

rarse el amor de los animales porque sabía que el de los hombres era un bien que le costaba conseguir. En su familia —incluidos sus padres y sus cuatro hermanos— era la favorita del perro y en la escuela era la predilecta de todos los gatos arrumbados por ahí. Cuando llegó el momento, consideró que ser veterinaria era la mejor opción de las que se le presentaban.

Apenas se graduó, su padre le dio un préstamo para que abriera una consulta y el éxito en su carrera hizo que pudiera devolverle el dinero mucho antes de lo acordado. En dos años ya se había convertido en una profesional reconocida y solicitada. Fue por eso que Pablo Bravo llegó a su consulta con un caso prácticamente terminal. Su gato siamés se había tragado un clavo y Pablo temía que le rasurara el estómago. Clara lo calmó y consiguió que el animal evacuara sin daños el cuerpo extraño y eso selló entre ellos una corriente inmediata de cordialidad y afecto. Recién cuando Clara le entregó el gato sano y salvo en una canastita gentileza de la veterinaria, se dio cuenta de que Pablo Bravo rengueaba.

—¿Te caíste?

—No. Nací con la pierna derecha más corta. Un verdadero misterio —le contestó sin molestarse y con absoluta naturalidad.

La renguera de Pablo Bravo lo convertía en alguien que Clara creía que se merecía.

En efecto, la conciencia de ser ella misma una mujer extraña —una conciencia exagerada e

irreal— la hacía elegir hombres que le gustaba nombrar para sí como «fallados, *lefties* o saldos». Así, antes de la llegada de Pablo Bravo a su vida, Clara se había enamorado de Lucas Urtizberea, un corrector de estilo manco; de Raúl López Iturbe, un agente de bolsa epiléptico y de Favio Pucci, un farmacéutico que nunca había pesado menos de ciento veinte kilos. Entre unos y otros hubo, claro está, una variopinta lista de *freaks* entre los que se destacaron un ciego tartamudo y un sordo paranoico, dos novios que casi consiguen llevarla a la morgue. El ciego por poco hizo explotar la veterinaria al dejar abierta, sin notarlo, una llave de gas y fue su propio olfato el que evitó la tragedia. Y el paranoico, a causa de unos celos injustificados, alcanzó a rozarle el brazo derecho con una pequeña navaja, pero su verdadero objetivo era el corazón de Clara. Como además de sordo y paranoico era pequeño y bajo, Clara pudo controlar la situación y sobrevivir a esas macabras intenciones.

Pablo Bravo fue el hombre más normal —si semejante cosa pudiese decirse de alguien— de todos con los que intentó transitar su vida.

Pero tanto de él como de los otros, había un dato que Clara sistemáticamente se perdía. Todos la habían querido más allá de su rostro y de sus pechos y hasta en algún momento se habían sentido agradecidos por que una mujer tan íntegra, fuerte y de incongruente belleza pareciese amarlos de tal manera.

En su loca carrera por agradecerles, a Clara Bravo se le pasaba que la que nunca jamás los había amado, había sido ella. Atrapada en el ombliguismo de su fealdad construida, embriagada por el abrazo traidor con que la oprimían sus dos inmensas tetas.

Era evidente que no iba a poder dormir. Entonces me incorporé en mi asiento, encendí la luz y llamé a la azafata. Tardó apenas un par de minutos.

—Necesito algo para escribir. Cualquier cosa me sirve.

La mujer, una funcionaria veterana con cara de sueño, asintió sin abrir la boca y al rato volvió con un lápiz y un puñado de servilletas.

—Lo siento. Es lo único que le he encontrado.

—Perfecto. Muchas gracias.

Saqué de mi bolso de mano el globo terráqueo y me puse a explorarlo. Lo hice girar varias veces. Cerré los ojos e imaginé a ese hombre que todavía no conocía. Lo soñé alto, aunque la altura no era imprescindible. En cambio, sí me parecía fundamental que tuviese un buen par de brazos para sostenerme con fuerza. Sus manos tenían que terminar en unos dedos largos y planos con uñas impecables. No tendría que tener barba ni bigote pero mucho pelo en todo el resto del cuerpo. Lo prefería moreno. Me importaba que tuvie-

ra buen porte aunque la contextura de su cuerpo estuviese un poco venida a menos. No necesitaba un ejemplar de gimnasio. Su posible flaccidez me era indiferente. Lo quería con una mirada fuerte e intensa capaz de clavarse en mis ojos y atravesarme hasta hacerme llorar de emoción por tanta dedicación destilada. Los demás atributos eran negociables. Prefería que hablase un idioma que yo no conociera para que sus palabras, aunque fuesen insultos, me sonasen a música. Garabateé estas ideas en una servilleta y la guardé en el compartimento secreto de mi bolso. Sabía que estaba elevando todos mis antiguos parámetros y no tenía ni idea de cómo podía conquistar a un ejemplar como el que soñaba, pero me sentía llena de fe en mí misma, aunque todavía sin estrategias. Confiaba esta vez en que la improvisación y mi deseo tan claramente dirigidos serían mis aliados.

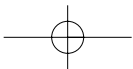
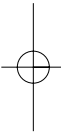
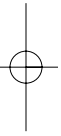
Abrí los ojos y encontré mi dedo anular izquierdo apoyado sobre Italia. Sin duda mi dedo se llevaba bien con mi cabeza porque un italiano era mi primera opción. Pero no cualquier italiano, tenía que ser uno de la Toscana. Fino, exquisito, sobrio, viril, sobre todo muy viril. Sabía que no me resultaría fácil pero pensaba darme tiempo. Si en un mes no lo encontraba haría girar el mapa de nuevo. Me quedaba el resto del mundo para seguir intentándolo y tampoco iba a convertirme en una empecinada, esperando meses y meses mientras mi juventud ya hacía rato que había entrado en tiempo de descuento. Cuando fuese

necesario, iría barajando otras opciones. Pero no era momento, todavía, para pensar en fracasos.

Guardé el globo terráqueo y miré el reloj. Faltaban todavía siete horas para llegar a Madrid. Traté en vano de conciliar el sueño. Con ese plan entre manos la vida me parecía un desafío que ahora sí valía la pena y quería estar despierta hasta ponerme en acción. Ya era tiempo de olvidar a los animales y a los minusválidos.

Me detendría en Madrid el tiempo justo para comprarme ropa y hacer los preparativos de la primera escala. Que también podría ser la última. Me miré en el espejo de la polvera y hasta me gusté. Sí. Cuanto antes lo encontrase, mejor.

Me moví un poco en mi asiento, toda la idea me estaba excitando. Junté las piernas bien fuerte como para calmar los latidos de mi vagina y se me escapó un suspiro que resonó por todo el avión. No me ruboricé. En cambio, volví a suspirar pero no tan alto. El pasajero de delante, el que estaba sentado en diagonal a mí, se asomó por sobre su asiento y me miró, atravesándome inquietantemente con su mirada. Intensa, firme, cordial. Una lágrima inesperada rodó por mi mejilla derecha mientras otra ya se aprontaba desde mi ojo izquierdo. Me tragué un suspiro que intentó arrebatarme con una fuerza brutal. Supe inmediatamente que no tendría que esperar a bajarme del avión para empezar con mi plan. Era improbable que fuese italiano. Es más, parecía alemán. La verdad, no me importaba.



2

El hombre se levantó y le acercó un pañuelo de papel.

—Nada puede ser tan grave —le dijo mientras Clara Bravo se pasaba el papel por los ojos y apretaba más las piernas. Allí abajo le latía aún con más fuerza. Pasó por alto la arbitrariedad de semejante afirmación básicamente porque el hombre hablaba un español muy extraño y ella apenas le entendió. Enseguida Clara le sonrió, mostrando sus dientes imperfectos y fue entonces cuando la vieja vergüenza se apoderó de ella. Duró un segundo hasta que cerró la boca en un gesto torpe pero el hombre pareció no notar lo porque le extendió la mano y se presentó, muy relajado.

—José María. Estos vuelos tan largos son un coñazo. Me aburro cantidad.

Clara Bravo asintió sonriendo esta vez con la boca cerrada, sin terminar de adivinar la procedencia de su acento.

—¿Le apetece una copa de cava? —le ofreció

el hombre—. Son los privilegios de viajar en primera.

—Me encantaría, gracias —contestó Clara, que esta vez le había entendido mejor aunque no podía creer lo que estaba sucediendo.

Cuando el hombre se alejó en busca de las copas, lo observó con atención. A simple vista no tenía ningún defecto y, salvo por esa manera enmarañada de hablar, le parecía un hombre normal. Por fin. Le resultaba evidente que no era italiano, tan evidente como que tampoco reunía las condiciones de su ideal de la Toscana. Ni por aproximación. El hombre del asiento de delante, el mismo que ahora iba en busca de un par de copas era, para empezar, rubio. Además, su camisa entreabierta descubría un pecho sin pelos, casi lampiño, apenas pasaba el metro setenta, sus brazos eran delgados y sus manos tan delicadas como si nunca hubiesen conocido la rudeza de algún trabajo.

Aunque su aspecto no lo enfatizara, el hombre tenía una actitud muy viril. Pero a Clara Bravo no le importaba cuánto encajaba en su sueño. Había algo en él que le gustaba. O al menos eso le parecía. No estaba muy segura pero sí estaba dispuesta a desear otro sueño, uno a la medida de ese hombre que acababa de conocer. Hay que decirlo. Clara Bravo no sólo acumulaba un sordido despecho, también retenía litros de desesperación. Se sentía feliz y loca por ese contacto inesperado.

Cerró los ojos y por un segundo se le cruzó el cadáver de Pablo. Volvió a abrirlos para arrumbar la imagen. Eso era puro y maldito pasado.

El hombre ya se acercaba con las copas. Clara acababa de decidirlo. Iba a emborracharse y, antes de aterrizar, el hombre tendría que besarla en los labios.

El beso me decepcionó. Fue un tímido roce, labio contra labio, iniciado por él. Estábamos encerrados en el baño. Todavía faltaba para el aterrizaje por lo que decidí que debía reprimir mi angustia y retrasar un poco más mi decepción. Todavía podía ser el hombre que había estado esperando. No tenía que ponerme ansiosa. Sólo aguantar un poco más y ver qué sucedía si es que sucedía algo.

Entonces fue cuando me lo soltó, mientras yo pensaba todo esto en dos milésimas de segundo, sentada en el váter, con él estratégicamente montado entre mis piernas.

—Eres la mujer que siempre estuve esperando. Y mira dónde vengo a encontrarte. —Me lo dijo sorpresivamente, luego de apurar su sexta copa de cava. No parecía borracho.

Sus palabras me dejaron pasmada. Constituían, evidentemente, una declaración de amor o al menos una enunciación de cierta relevancia.

Entonces la timidez del beso dejó de impor-

tarme y fui yo la que me acerqué para abrirle la boca con mis labios. Pasé por alto sus besos entrecortados, breves, como espásticos, y apuré mi lengua sobre la suya que permanecía estática, como de piedra. Me alejé y lo miré interrogante, queriendo saber si esa brevedad y esa dureza obedecían a un precoz arrepentimiento. Volvió a decírmelo.

—Eres la mujer que siempre estuve esperando. —Y entonces sí me pareció que su voz patinaba un poco. De todos modos, no me importaba. Estaba hipnotizada por esas palabras, hasta hubiese dejado que me rajara el cuello con su mejor arma. Mi entrega era total.

Entonces dejé los besos de lado y lo abracé. Él apoyó sus manos delicadas sobre mis tetas y me las apretó hasta hacerme doler tironeando de mis pezones.

—Más despacio —le pedí, pero no me hizo caso. Ya se estaba abriendo el pantalón mientras bajaba sus manos a mi entrepierna y allí, sobre el váter, me la metió. Tomándose sobre mis hombros para no caerse, mirando con una sonrisa donde adiviné una dentadura postiza de muy buena calidad, acabó en poco más de un minuto sin darme tiempo a enterarme de nada. No importaba. Yo era la mujer que él siempre había estado esperando. Esas palabras resonaban en mi cabeza. Me sentía capaz de cualquier indignidad. Además, la próxima vez todo podría ser mejor. Bajé los ojos y vi su pito blanco con punta rosa-

da, de tamaño mediano, que chorreaba sobre mi falda.

—No te preocupes —me dijo, siguiendo la dirección de mi mirada—, igual el semen no mancha.

Se acomodó el pantalón y me hizo una seña con la cabeza para que saliéramos. Me puse de pie para seguirlo, a la vez que me sacudía la falda. Los dedos se me pegotearon con su líquido. No era relevante. Nada lo era. Salvo él y sus palabras cautivantes.

El piso se movía bajo mis pies. No pude distinguir si era por la borrachera o por turbulencias inesperadas.

Salimos hacia la cabina y yo me aferré fuerte de su mano. Traté de apartar de mis pensamientos el polvo triste y los besos amargos. Qué importaban si yo era la mujer que ese hombre —el más hermoso y viril que jamás me había tocado— se había pasado la vida buscando. Estaba dispuesta a acompañarlo hasta el fin del mundo. Ya no lo dudaba. Acababa de conocer a quien convertiría en el hombre de mi vida. Y se lo dije a medias.

—Serás tú.

Lo señalé con el dedo índice de mi mano izquierda y creo que no me entendió. Ya se lo explicaría. De todos modos, me dedicó una sonrisa de dientes postizos y caros y yo le devolví otra, llena de piezas desparejas y manchadas.

—Serás tú —necesité repetir para terminar

de creérmelo y fue en ese momento cuando él se desmayó.

El tipo resultó llamarse José María Buján Arias. Pero Clara Bravo no lo supo hasta unas cuantas horas después de conocerlo y en circunstancias un tanto desconcertantes.

No era alemán ni italiano. Era gallego. Había nacido en Santiago de Compostela hacía cuarenta y ocho años.

Trabajaba para una cadena de televisión nacional como realizador y había viajado a hacer un reportaje sobre Buenos Aires. La ciudad le había encantado. Por eso tomó la decisión de quedarse unos días más que el resto de su equipo. Esa era la razón por la que viajaba solo.

Nunca se supo por qué se desvaneció luego de salir del baño. Las azafatas corrieron en su auxilio y dominaron la situación ante la perplejidad y el susto de Clara que temía que un hombre volviese a morírsele así, de repente.

Un pasajero que era médico lo atendió y a pesar de los primeros auxilios que le suministró no logró hacerlo volver en sí. Le preguntaron a Clara si conocía sus antecedentes médicos pero ella contestó, algo ruborizada, que acababa de conocerlo.

—No tuve tiempo ni de preguntarle su nombre. En realidad me lo dijo pero no lo recuerdo —le comentó, no sin pudor, a una de las

azafatas. La mujer, la misma que le había alcanzado las servilletas durante la noche, arqueó las cejas porque había sido testigo de cómo lentamente se iban emborrachando, de cómo empezaron a toquetearse y de cómo se refugiaron en el baño.

El pasajero médico aseguró que el hombre sólo atravesaba un sueño profundo y no dudaba que en cualquier momento se despertaría. Se equivocaba porque José María no se despertó.

Cuando llegó el momento del descenso, debieron bajarlo en una camilla. En la misma pista de aterrizaje una ambulancia lo esperaba para trasladarlo a la Clínica Mediterráneo.

A esas alturas, las azafatas habían encontrado sus documentos y habían conseguido dar con su seguro médico que fue el que se ocupó de todo apenas José María fue bajado del avión.

Clara Bravo quiso acompañarlo en la ambulancia pero la necesidad de que realizara los trámites en inmigración y en la aduana se lo impidieron.

Apresurada tomó nota de la dirección de la clínica en una de las servilletas que hacía horas le había dado una de las azafatas.

Los trámites no le tomaron más de media hora y con su pequeño equipaje a cuestas tomó un taxi rumbo a la clínica.

Cuando llegó, se dio cuenta de que no recordaba el nombre del hombre con quien se había emborrachado en el avión, ese que planeaba con-

vertir en el hombre de su vida. Le tembló el labio inferior y se maldijo por su estupidez.

Sin embargo, las cosas resultaron más sencillas de lo que imaginaba. Sólo explicó las circunstancias en que José María había perdido el conocimiento y en la recepción no tuvieron inconveniente en darle el número de habitación y el nombre del paciente. El cuarto se encontraba en el quinto piso. Clara Bravo no quiso esperar el ascensor y subió las escaleras corriendo. Frente a la puerta, se detuvo para recuperar el aliento y al cabo de unos segundos, sin golpear, entró.

La cama estaba revuelta pero vacía y Clara se sintió desfallecer. Se repuso enseguida. Detrás de ella e inmediatamente ingresó un enfermero que llevaba a José María totalmente despierto en una silla de ruedas.

—José —susurró Clara llena de emoción—. ¿Cómo estás?

José María levantó los ojos hacia ella y durante un segundo la atravesó con una mirada gélida, cargada de indiferencia. Luego miró al enfermero y le pidió que lo acostara.

—Por favor, señora, espere fuera —le dijo el enfermero que ya se disponía a trasladar a José María a la cama.

Clara Bravo obedeció sin saber cómo interpretar el gesto del hombre que tenía la misión de cambiar su vida.

—Amnesia temporal —le dijo el enfermero.

—¿Cómo amnesia temporal? —le gritó, como si él tuviese la culpa de todo.

—Cuando se cayó se golpeó la cabeza. Tiene un traumatismo leve y esa puede ser la causa de lo que le pasa. Pensé que se lo había explicado el médico. ¿Usted es la esposa?

Clara le dijo que no.

—Todavía no se presentó ningún familiar —agregó el enfermero—. No sabemos nada de su vida... Quizá usted pueda ayudar.

Clara hizo un gesto ambiguo y el enfermero le siguió hablando pero ella ya no lo escuchaba.

No tenía la menor intención de explicarle a ese desconocido los brevísimos pero decisivos momentos que había pasado junto a José María en el avión. Él tenía que acordarse y si no se acordaba había algo que resultaba clave. Si ella era de verdad la mujer que él siempre había estado esperando, tendría que reconocerla aunque no recordara nada de su pasado. Porque ella estaba en el futuro y del futuro no se tiene memoria.

Hizo a un lado al enfermero con un leve empujón y, decidida, volvió a entrar en la habitación.

José María estaba acostado hojeando una revista.

Cuando escuchó que Clara Bravo se acercaba, la increpó.

—¿Mi hermana, mi novia, mi vecina, mi madre, quién coño eres?

Clara no sabía cómo decírselo, porque no había un nombre específico para denominar lo que ella era.

José María se irritó ante su silencio y alzó la voz.

—Dímelo de una vez.

—Soy... —casi tartamudeó Clara.

—Venga ya —se volvió a impacientar José María.

—Soy la mujer que siempre estuviste esperando —se atrevió por fin a decir y sus palabras le sonaron ridículas y débiles.

José María la miró como si estuviese loca y no pudo contener una carcajada.

—¿Que eres quién? —le preguntó cuando pudo parar de reírse.

Clara Bravo se puso súbitamente de pie y arrebató una de las almohadas de la cama. Se la clavó a José María en la cara sin darle tiempo para reaccionar.

—Uno, dos, tres... —comenzó a contar más despacio que el tiempo. No tenía ningún apuro.

No quería matarlo. De hecho no fue lo que hice. Sólo lo dejé morado y un poco estúpido. Mantuve apretada la almohada durante un par de minutos, hasta que conseguí dejarlo como me había propuesto. Sólo entonces, y luego de cerciorar-

me de que su corazón seguía latiendo, salí de la habitación. Nadie me vio irme.

Esta vez bajé por el ascensor, me dirigí a él con cautela, sin la ansiedad que delata a los criminales. Por cierto, yo no lo era. Me sentía simplemente una justiciera. Llegué a la calle sin ningún inconveniente. Nadie me detuvo.

Me fui directo al hotel, uno en la Gran Vía, con televisión color y frigobar, que había tenido la precaución de reservar desde Buenos Aires. Me hice de una botellita de whisky de dudosa calidad y me tiré en la cama, boca abajo, deseando llorar, pero no pude.

Tomé un sorbo. El whisky era asqueroso.

Estaba llena de rabia, completamente invadida por un sentimiento de humillación que me dolía más que la súbita muerte de Pablo.

Me había salido del plan sin ninguna necesidad, aceptando la limosna de un desconocido que más tarde pretendió hacerse pasar por amnésico. Me di cuenta de su truco barato cuando, mientras él me preguntaba quién era yo, vi al enfermero hacerle un guiño cómplice a través del reflejo de una ventana que estaba a un costado de la cama, justo frente a la puerta.

Durante sus carcajadas inhóspitas frente a mi cara, se me ocurrió lo de la almohada. El enfermero no entró para defenderlo quién sabe por qué razón —seguramente la propina que le había dado José para que me mintiera no contemplaba intento de asesinato— y entonces el tipo se fue.

Pude asustarlo sin testigos y gozar de ese par de minutos en que tuve su vida en mis manos.

Estaba segura de que la próxima vez que se subiese a un avión con la intención de seducir a una mujer con declaraciones falaces, probablemente eligiese hacerse una paja.

Si bien me resultaba totalmente imperdonable haber marcado un fracaso con sólo tres días de viaje, me perdoné. Me daba cuenta de que mi inicio no había sido auspicioso, por lo que decidí no tomarlo exactamente como el comienzo de mi búsqueda. Más bien lo computaría como un desliz que me había tomado desprevenida mientras ideaba el plan y trataba de urdir alguna estrategia para llevarlo a cabo con éxito. Quería mantener mi optimismo alto, no saquear mi autoestima y defender la implacabilidad de mi plan. No podía fallar. Estaba completamente segura de que estaba haciendo lo que tenía que hacer. Y con semejante obstinación no podía menos que conseguir lo que me proponía.

Simplemente en el futuro tendría que tener más cuidado y no entregarme siguiendo los impulsos voraces de mi necesidad.

Saqué de mi bolso la servilleta de Iberia donde había anotado las cualidades de mi hombre soñado y me las aprendí de memoria. «*Preferentemente alto, brazos fuertes, manos impecables, pelo en el pecho, moreno, otras cuestiones negociables.*»

Tuve la suerte de poder reírme de mí misma

cuando pensé en que había cambiado a mi moreno toscano por un rubio e insulso gallego. A veces podía ser una idiota, pero ya no volvería a serlo.

Sólo tenía que ir exclusivamente por lo que quería. El comienzo de la estrategia se diseñaba con algo tan simple como eso. En principio, no me detendría ante nadie que no contase con las características que yo deseaba. Luego vendrían los controles sobre honestidad y calidad humana, tan importantes como los aspectos exteriores pero testeables a posteriori. Sonara como sonase, ahora me importaba mucho el envase en que vendría ese hombre de mi vida lleno de bondad.

Sabía que no estaba encarando una empresa imposible. Mi hombre receta debía encontrarse en alguna parte. Más bien estaba segura de que podía hallar un hombre así en muchos sitios. Pero me había encaprichado con las nacionalidades. Todo este asunto de buscarlo a lo largo del planeta le agregaba a mi plan un toque de mundanidad, cualidad de la que carecía y que esperaba adquirir mientras sucedía mi búsqueda. Durante mi abnegada vida dedicada al trabajo con los animales y a mis hombres saldo, prácticamente no había viajado.

Era tiempo de colmarme de lo que nunca había tenido. Hacia allí iría esta vez, sin errores. Hacia la belleza y la felicidad. Hacia la calma de un amor correspondido. Y esa era la segunda parte de la estrategia. Me prohibiría gastar ener-

gías en quien tardase más de cinco minutos en reparar en mí. Yo tendría que aparentar que no realizaba ningún esfuerzo, aunque me estuviese desangrando en mis intentos de seducción. Sería un trabajo invisible, subterráneo y discreto.

Tomé otro sorbo de whisky. Sabía igual de asqueroso que el anterior. Me terminé la botellita. Me di cuenta de cómo una, finalmente, es capaz de acostumbrarse a todo. Y de eso precisamente era de lo que tenía que escapar.

Bajé a la calle, decidida a comprar una bebida que indudablemente me gustara. Ya era un buen comienzo. Jamás volvería a tragarme algo que considerase asqueroso.

3

Clara Bravo se estaba atando a la infalibilidad de una receta arbitrariamente fabricada por ella. No tenía ni idea de la catarata de infortunios que podría llegar a acarrearle semejante despropósito. De todo lo que había escrito en la manoseada servilletita, lo que de verdad ansiaba era la armonía de un amor correspondido. Sus fórmulas de belleza y felicidad y sus frívolos derroteros por el mundo no constituían ninguna garantía para que encontrase lo que deseaba. Ella creía que al final o en el medio de una búsqueda precisa y obstinada se producía el cruce deseado, pero se equivocaba al excluir de plano el azar, quizá el más aventurado generador de encuentros.

Luego del incidente en el avión con el gallego calentón que trató de sacársela de encima con el truco fácil de la amnesia, se preparaba para comenzar una búsqueda desmesurada que le llevaría miles de kilómetros y que le arrancaría grandes fajos de billetes, poniendo en riesgo la pequeña fortuna que había arrebatado de la cuenta en

común que tenía con Pablo Bravo, su marido muerto.

Lo más probable era que adquiriese la mundanidad pretendida en un segundo plano de su itinerante estrategia. Pero eso lo sabría, quizá, unos meses después cuando finalmente comprendiese que el mejor encuentro es el que no se busca.

Pero ahora estaba ocupadísima acopiando información sobre la Toscana. Había ido al consulado italiano y a la casa de Cultura de Italia. Había recorrido sin prisa y con esmero todas las agencias de viajes que encontró en la guía Michelin del viajero. Realizó búsquedas exhaustivas en internet y por fin, luego de dos escalas de avión, una en Roma y otra en Pisa donde no se detuvo a admirar la famosa torre, se subió a un tren que la dejó a las orillas de las murallas de Lucca, en cuyo corazón histórico había reservado un hotel. En todas partes le habían asegurado que era el sitio más encantador de la región.

La pequeña y deliciosa villa que había visto nacer a Giacomo Puccini ostentaba un hotel de cinco estrellas con su nombre. Allí fue a dar Clara Bravo, ostentando dos maletas Samsonite de última generación, llenas de ropa que había comprado en las tiendas de diseñadores internacionales instaladas en el barrio madrileño de Salamanca. En una de ellas cargaba los diez pares de zapatos que había comprado en Prada —la envidia de cualquier mujer— junto a la ropa interior, primorosamente guardada en las peque-

ñas cajas de las tiendas respectivas (Victoria's Secret, Intimissimi y La Perla). En ese punto había sido discreta. Sólo había comprado equipos negros, clásicos, nada de ligeros ni bragas demasiado sugerentes. Apenas se había permitido la relativa audacia de cuatro corpiños de tazas transparentes. Uno de ellos sólo cubría el pezón con una estrella, otro armaba dibujos en forma de espiral, el siguiente —sin duda el más logrado— estaba hecho de un material que se adhería a los pechos e invitaba a un mordisco para quitárselo. El último, era el menos ingenioso, una transparencia común, y Clara lo tenía pensado para sus paseos diurnos. De hecho se había comprado dos iguales. En cuanto a las bragas, dada su contextura física, no eligió pequeñas; optó por unas modernísimas de tiro alto que además la ayudarían a esconder su sinuosa tripa y a levantarle un poco el culo.

Con la otra ropa, en cambio, fue más variada y mezcló creaciones vanguardistas de Dolce & Gabbana (tres pantalones, un vestido con falda en pico y dos camisetas con agujeros muy sugerentes), junto a discretos diseños de Sybilla (sólo vestidos), pasando por cuatro trajes de Adolfo Domínguez. También se dio una vuelta por Zara y por H&M donde compró camisetas blancas y negras de algodón, como veinte, todas iguales, para usarlas dos o tres veces y luego tirarlas. En Calzedonia se compró ocho pares de medias negras de red, diez pares color piel y otros tantos negros, y

fue con eso con lo que llenó las maletas. Agregó las guías de Italia y la poca ropa que había traído de Buenos Aires a la que quiso conservar como extraño fetiche. Por supuesto, también cargó con el globo terráqueo. Estuvo a punto de comprarse uno más grande, pero finalmente desistió.

En el hotel Puccini, la trataron con esmero y con la afabilidad tan característica de Italia —y en general de cualquier cinco estrellas—. Llegó por la tarde y se la pasó cambiándose los equipos para encarar al día siguiente su primera jornada en la Toscana, en la glamorosa Lucca.

Eligió, para empezar, un discreto equipo verde de Adolfo Domínguez con una camiseta escotada blanca y lo dejó preparado sobre una silla. Luego se metió en la cama, desnuda, y se roció con el perfume de siempre, una antigua loción de Givenchy, Amarige.

Tomó todos los mapas de Lucca y eligió un itinerario para su primer día. Recorrería a pie los cinco kilómetros de las murallas que rodeaban la villa. Le habían dicho que mucha gente de la zona usaba el paseo para entrenar, hacer un almuerzo al aire libre o sencillamente para pasear. Aunque sabía que el lugar estaba lleno de turistas, esperaba hacer sus primeros tanteos entre los locales.

Ante tanto preparativo y a pesar de su desbordante ansiedad, se quedó dormida, no sin antes solicitar que la despertaran a las nueve en punto. Luego de un magro desayuno, iría al encuentro de algún hombre —de esos tantos que

ella imaginaba dispersos por el mundo— que todavía no conocía.

Los zapatos verde subido de Prada con tacón aguja no la ayudaron en lo más mínimo. Abrasada por el agobiante calor del mediodía toscano, Clara Bravo terminó el recorrido circular por las murallas luccenses con un balance desolador: cinco ampollas en los dedos de su pie derecho, cuatro concentradas, como ensañadas, en el pulgar, y otra, la más grande y dolorosa, en la planta; y el encuentro con un posible hombre de su vida con el que nada sucedió como mejor podría haber imaginado.

Lo vio venir de frente, cuando todavía faltaban algo más de tres o cuatro metros para que se cruzaran. Las ampollas ya habían hecho su aparición en el pie derecho pero eran tolerables, de modo que Clara Bravo tenía la cabeza totalmente despejada y con cierto toque de lucidez para intentar un acercamiento.

El hombre caminaba solo. Vestía pantalón crema y una camisa blanca. Llevaba un libro en una mano y en la otra sostenía un maletín, por lo que Clara Bravo interpretó que era un lugareño rumbo a su trabajo. Alto, moreno, buenos brazos, porte seguro y andar elegante, fueron los atributos que Clara pudo requisar y aprobar en un primer vistazo. Le parecía un poco joven. Creía que, como mucho, recién estaría llegando a

los treinta. Pero esa diferencia de edad no la intimidó y cuando lo tuvo a cinco centímetros, lo abordó. Su movimiento de acercamiento fue algo torpe por lo que el hombre se tropezó con ella y fue a dar con su pie izquierdo, grande y firme, sobre el averiado de Clara que no pudo contener un gruñido disonante. Notó cómo una de las ampollas le estallaba con tanta violencia que hasta le pareció sentir el agua infecta salpicándole la cara.

El hombre apenas la miró y ni siquiera dijo una palabra de disculpa o expresó un gesto de excusa. Era evidente que consideraba el errático andar de Clara como la causa del pisotón. Siguió su camino visiblemente contrariado.

Clara lo vio marcharse, admirando la precisa e inesperada redondez de su culo y ya, vencida en esa pequeña batalla, avergonzada y molesta por su ineficiencia, se agachó hasta su pie para verificar su estado. Se mojó el dedo índice de su mano derecha con saliva y se lo pasó sobre el pulgar del pie. Se acomodó el Prada verde respectivo dispuesta a terminar el paseo. Intuía que su pie maltrecho no dejaría lugar para ninguna conquista, al menos ese día, y no se equivocaba.

Luego de la caminata quedé completamente destruida. Decidí pasar mi segunda jornada en Lucca recuperándome, por lo que no salí del hotel.

Me pasé todo el día con la tele encendida, haciendo *zapping* y poco caso a lo que escuchaba. Más bien estaba muy concentrada en tratar de averiguar en qué me estaba equivocando. Había algo de lo que actuaba que luego me hacía sentir ridícula. Toda esa ropa que me había comprado en Madrid me parecía un cúmulo de disfraces que poco tenían que ver conmigo. No podría ir en busca de nada vestida de ese modo. Me tranquilizó la idea de que tenía conmigo algo de mi ropa de Buenos Aires, con la que no me sentía amenazada en la propia violación de mi identidad.

La cuestión, me parecía, no era reinventarme, sino cambiar mi actitud de autocompasión y pasividad por acciones que estuvieran a la altura de mi deseo.

El hecho de que fuese una mujer fea, tenía que reconocerlo, me daba pocas ventajas y no me dejaba muchas estrategias. Salvo que intentara alguna cirugía, cosa que no descartaba pero que, por el momento, prefería no incluir en mis planes. Las mujeres feas lo teníamos difícil a la hora de encontrar el amor y de capturar la mirada sostenida de un hombre. Probablemente era allí donde me estaba equivocando, en llenar con atributos que yo no tenía al modelo del hombre de mi vida. Porque, ¿por qué razón un tipo como el que yo soñaba iba a fijarse en una mujer como yo? Era absurdo. Las personas se apareaban olfateando a sus iguales y yo no estaba respetando las normas. Si me planteaba objeti-

vos imposibles, mi único camino iba a ser la frustración y eso era lo que menos quería.

Tomé la servilletita de Iberia y me levanté de la cama. Busqué unos fósforos en mi cartera y le prendí fuego. La miré consumirse en un cenicero con el logo del Puccini. Ese no era el camino.

Ahora buscaría al hombre de mi vida hasta encontrarlo porque ya no quería vivir sin amor. Me resultaba completamente imposible y cualquier otra cosa que quisiese emprender carecía de sentido si primero no resolvía esta. De modo que no podía arrumbar mis propósitos porque hubiese sido como abandonar la voluntad de vivir. Y estaba muy lejos de pensar en morirme.

Tampoco creía que tuviese que rebajarme al extremo de los hombres que yo misma llamaba «saldos». Había sido injusta, conmigo y con ellos. Esos hombres eran saldos porque yo veía en ellos únicamente sus fallas y había sido incapaz de valorar sus virtudes. Me las había perdido, ya casi no podía recordar a ninguno salvo por su ceguera o por su locura o por su obesidad.

Seguiría buscando el amor obstinadamente, con vehemencia. Atenta, pero más distraída. Tuertos, gordos, hermosos o feos. Ahora eso ya había dejado de resultarme importante.

La virilidad, la fuerza, el encanto y la distinción del hombre toscano serían mi humilde y justo objetivo. Mañana iría por ellos.

4

Y fue gracias a esta larga reflexión que al día siguiente Clara Bravo se permitió conocer a Riccardo *Ricky* Vassallo, un panadero maduro y espirotoso con el que viviría el boceto de un fogoso romance.

El panadero había nacido en la zona campesina de Liguria, en un pueblo que a Clara le sonó entre exótico y marciano. El lugar se llamaba Cárcare y Ricky lo había abandonado tan sólo por unos días, por primera vez en su vida y en plan festejo, porque había conseguido colocar a su pueblo remoto en los codiciados récords del Guinness gracias a su trabajo tenaz. Un enorme *cannolo*, una especie de cruasán de cuatrocientos metros de largo con un inquietante aspecto fálico, le había posibilitado obtener el galardón. Y allí estaba él, pletórico, festejando, en uno de los sitios más bonitos de su país.

Por su parte, y tal como se lo había propuesto, Clara Bravo había bajado la guardia de su búsqueda empecinada y estaba simplemente dis-

frutando de un paseo por el casco antiguo de la ciudad como una turista cualquiera, con un mapa en la mano y con un traqueteado pantalón negro comprado en Buenos Aires y una remera escotada, de algodón, haciendo juego. Llegó al umbral de la torre Guinigi desde cuya cúspide, todo el mundo se lo había dicho, se podía apreciar la mejor vista de la villa. A pesar de que debía subir doscientos treinta escalones, Clara Bravo encaró el ascenso sin miedo, como una suerte de afrenta para sobreponerse al mal momento que le había hecho pasar su pie derecho.

A pesar de las ampollas a medio cicatrizar, estaba llegando sin fatiga ni dolor al último escalón, ya saboreando la belleza del paisaje con el que se encontraría cuando el pie izquierdo y fuerte de un hombre volvió a pisar su pie maltrecho. Esta vez, el hombre no siguió de largo y se deshizo en disculpas, mirando a Clara con un interés que iba más allá de las corteses excusas de un caballero. Era Riccardo *Ricky* Vassallo y así fue como se conocieron.

—Tano de mierda —grité y por suerte no entendió.

—Excusa, excusa.

—*Perdón, perdón* —me burlé—. Ya es tarde para pedir perdón. Me muero de dolor.

El hombre me tomó por la cintura y me llevó hasta un rincón donde empezó a revisarme el

pie. Me dejé llevar porque cuando lo miré, inmediatamente me gustó y secretamente bendije que otro hombre me hubiese pisado antes con tanto brío y desprecio para que ahora este que aparecía como del cielo viniese a reparar su cruel displi-cencia. No tenía nada especial, de un primer vistazo. Era alto sí, y algo gordo, con una tripa notable —producto, seguramente, de un exceso de ingestión de pasta—. Tenía una barba al ras, muy cuidada y, como era calvo, llevaba la cabeza afeitada. Su piel era muy blanca aunque las escasas huellas de su cabello delataban que su pelo había sido castaño. Tenía una sonrisa detrás de la cual no podía esconderse más que una buena persona y sus ojos me recordaron a una gran cantidad de perros mansos que me tocó atender en mi consulta de Buenos Aires.

Me dijo que se llamaba Riccardo Vassallo y me rogó que lo llamara Ricky, como le decían en su pueblo, un pequeño sitio en el medio de los campos de Liguria.

—Carcare —me contó que se llamaba el lugar.

Y enseguida pensé en el sonido de las gallinas pero me pareció imprudente mencionárselo. Le agradecí tanto cuidado y él insistió en ayudarme a bajar. No me negué pero jamás imaginé lo que sucedió a continuación.

Me bajó aupada, cuidando de mí cual bebé, cargándome entre sus brazos en la posición en la que antiguamente se llevaban a las recién casadas

al lecho nupcial. La imagen me pareció promisoría. Cuando por fin llegamos al pie de la torre, no parecía en absoluto cansado y no me bajó de sus brazos hasta que consiguió sentarme en una silla del primer bar que encontramos. Nunca había hablado italiano, pero no tuve inconvenientes para entenderle, básicamente porque eran sus actitudes, más que sus palabras, las que me estaban seduciendo. Había reparado en mí y yo en él. La famosa y agradecida sincronía de la que había escuchado hablar a todos los que alguna vez se enamoraron parecía estar sucediendo allí mismo, entre nosotros, y esa sensación me llenaba de felicidad, como ninguna otra cosa jamás lo había conseguido a lo largo de mi vida. Sentí el escozor que muchas veces había escuchado en relatos ajenos, el cosquilleo del amor a primera vista. Y yo sentía que a él le estaba sucediendo lo mismo.

Cuando estuvo seguro de que mi pie no corría ningún peligro, me acompañó hasta mi hotel, caminando, y se permitió tomarme de la mano. A las pocas cuerdas me arrinconó suavemente contra una pared y me dio un beso largo. Infernalmente apasionado. Por fin algo real me estaba sucediendo. Luego se apartó de mí y, tala-drándome con sus ojos de perro bueno, me dijo un piropo.

—*Come sei bella.* —Sonreí, agradecida por la piedad de su mentira que sonaba a verdad irrefutable dicha por su voz y avalada por la actitud

de su cuerpo. Le devolví el beso con el mismo calor y quizá más.

Quedamos en que pasaría a buscarme al hotel para una cena que tomaríamos en un típico sitio italiano. Lo que nunca me dijo fue que el típico lugar quedaba en su pueblo.

Cuando ya había manejado más de media hora, empecé a inquietarme y le pregunté si el restaurante quedaba muy lejos.

—*Andiamo a Carcare* —me soltó como si fuese la única respuesta posible.

Traté de averiguar si quedaba lejos, si luego volveríamos, si era necesario que fuésemos a su pueblo, tan lejos. A cada una de mis preguntas me contestaba con su magnífica sonrisa de buen tipo y por esa razón, quizá, no tuve miedo. Confíaba en él y estaba segura de que esta vez no me equivocaba.

¿Sería él, finalmente, el hombre de mi vida? Quería ser cauta y no me atreví a responderme pero una voz me machacaba desde dentro de mi cabeza y me decía que sí. Dejé que la voz gritara y que me aturdiere y me animé a acurrucarme a su lado. Él pasó su brazo derecho por sobre mi hombro por unos segundos y luego volvió la atención al volante. Ya estábamos llegando. Estacionó su pequeño Fiat celeste cielo frente a una serie de casas con jardines, todas muy parecidas entre sí.

—¿Aquí queda el restaurante? —le pregunté honestamente intrigada.

—*No. E' la casa di mia mamma* —me dijo con su sonrisa de buen tipo, clavándome sus ojos mansos.

No me atrevía a bajarme del coche. Algo no funcionaba bien en Riccardo *Ricky Vassallo*.

Los padres resultaron unos ancianos encantadores con los que Clara Bravo, para felicidad de Ricky, se comunicó fluidamente a través de gestos, balbuceos entre el español y un italiano improvisado. A pesar de los siete suculentos platos que le habían preparado —dos entradas, tres platos de distintas pastas y como segundo, pescado y cerdo acompañados con verduras varias—, Clara no se indigestó y hasta pasó una velada agradable. Había notado que la madre de Ricky había invertido toda la tarde preparando esa cena especialmente para ella y por alguna extraña razón se emocionó. El padre de Ricky se ocupaba de que su copa de vino nunca estuviese vacía y a la hora de los postres —frutillas con jugo de naranja—, la madre trajo cuatro cajas cargadas de fotografías. Durante dos horas Clara Bravo vio, con la mano de Ricky jugueteando entre sus piernas bajo la mesa, toda la vida de la familia Vassallo: la boda de los padres de Ricky, incluso fotos de la niñez de estos y muchas caras de parientes desconocidos como así también Ricky en todos los tamaños —no había rastros de hermanos porque Ricky era hijo único— has-

ta llegar al momento en que Ricky había amasado los cuatrocientos metros y medio del sabroso cruasán que lo puso en el Guinness. Algo sinceramente impactante.

Clara Bravo se impresionó por la longitud del dulce y mucho más por su aspecto. No cabían dudas que parecía una larguísima pija y por un momento pensó qué cosa pasaría por la cabeza de un hombre como Ricky para inventar una cosa así. Se estremeció pero lo tomó como un acto de autoboicot y trató de no pensar en el asunto.

Cuando llegó la hora de la partida, luego de una variada y exquisita tabla de quesos, Ricky se levantó y le guiñó un ojo a sus padres y ayudó, caballerosamente a Clara a levantarse. Clara besó las cuatro mejillas de los padres y se dispuso a salir. Ricky volvió a tomarla de la cintura, como en la torre Guinigi, pero esta vez para guiarla dentro de la casa, hacía un cuarto, el suyo, porque Ricky Vassallo, a sus cuarenta y dos años, nunca había dejado de vivir con sus padres.

La simple idea me deserotizó por completo. Un hombre como él viviendo todavía con sus padres me parecía extrañísimo. Por lo que aparentaba no tenía problemas de independencia económica. Todo me hacía pensar que lo que le sucedía a Ricky tenía que ver más bien con cierta clase de dependencia. Una rápida mirada al cuarto con-

firmó mis sospechas. Las manos de su madre estaban en todos los detalles. Mantelitos con puntillas, cajones perfectamente ordenados, camisas planchadas con el esmero del que sólo una madre es capaz y sobre todo me llamó mucho la atención una sucesión de fotos colocadas sobre una especie de cómoda donde aparecía Ricky-bebé chupando con fruición la teta derecha de su madre. Lo realmente impresionante fue que esa escena se repetía en distintas fotos a lo largo de los años. Me resultó un poco asqueroso ver la que seguramente sería la más actual donde la teta caída y arrugada de la anciana madre era sorbida por la de su hijo cuarentón. Los Vassallo eran, sin duda, una familia muy especial.

No puse en evidencia nada de lo que pensaba. Era tarde para que huyera. Por otra parte, no tenía muy claro exactamente en dónde me encontraba con lo cual no me quedaba otra alternativa más que pasar la noche allí. El problema era lo que iba a tener que hacer con Ricky que ya había cambiado sus ojos de perro bueno por los de uno en celo. Nunca me gustaron los polvos caritativos pero eso fue lo que me dispuse a hacer. Finalmente el esfuerzo no resultó tan grande porque el único pedido de Ricky fue que le acariciara su pene que, apenas se sacó el pantalón, ya estaba duro. Mientras tanto, él me acariciaba las tetas y hasta me lamió una y empezó a sorber del pezón mientras no sé cómo se las arreglaba para susurrarme: «mamma, mamma». De repen-

te dejó de interesarse por mis tetas y concentró toda la potencia de sus manos de panadero en sí mismo. Imaginé que de una larga sucesión de noches como esta había surgido la idea del largo cruasán que probablemente no sería otra cosa que la fantasía erótica más audaz que Ricky Vassallo podía permitirse.

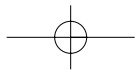
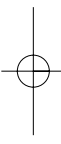
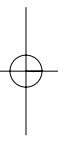
Mi amor a primera vista se quedó ciego. No dormí en toda la noche y apenas noté que estaba amaneciendo, me fui sigilosamente, no sin antes robarme una foto, aquella en la que aparecía la madre con la teta arrugada y Ricky muy parecido a como lo había conocido. La hice añicos y la enterré en un descampado de por ahí y le coloqué una flor silvestre arriba, como si fuese una tumba.

Siempre hay trenes y autobuses que te devuelven a tu lugar. Me monté a un autobús que no pasaba lejos de allí. En cincuenta minutos me dejó en una estación de tren, donde un Talgo me llevó en dos horas a Lucca.

El macho italiano, al menos el que a mí me había tocado, no contribuía al mito viril con que se lo invocaba.

Cuando llegué al hotel, me tiré sobre el globo terráqueo y lo hice girar no sé cuántas veces. No tenía ninguna pista de por dónde seguir.

Me gustó la idea de no salir nunca más de mí misma.



5

Pero por supuesto que salió. Y disparada. Luego de veintitrés minutos de angustia, fue hasta el baño y se lavó la cara con agua fría para sacudirse esa pegajosa tristeza que la abrumaba.

—*Come sei bella* —se dijo y se rió con una carcajada seca al recordar la sucesión de fotos que horas antes la habían escandalizado.

Finalmente se había divertido. Había vivido unos brevísimos momentos de felicidad con Ricky Vassallo y con ese recuerdo se quedaría. Porque lo sucedido había sido verdadero. Un hombre podía amarla y, sin embargo, ella podía elegir seguir otro camino. Estaba cambiando y eso le gustaba. Ya no se tragaba nada que le resultase desagradable aunque en su envase viniese envuelto el preciado bien del amor. Ese amor tenía que ser correspondido y eso involucraba a ambas partes.

Por primera vez tomó conciencia de que una de las partes era ella. Exultante porque esa era la lección que había venido a aprender a Italia —se

daba cuenta de que con el viaje se estaba poniendo un tanto mística—, no quiso quedarse un segundo más en ese país.

Ahora necesitaba tierras extrañas, pero bien extrañas. Donde no entendiase nada, donde la cultura fuera completamente diferente y los hombres aún más desconocidos e inasibles. Sentía que podía con todos los desafíos.

Volvió a su querido globo terráqueo y comprobó cuál era el país de África más cercano a Italia. Le tomó dos segundos decidir que su próxima parada sería Túnez. Quería playas de aguas tibias, desiertos calientes y un hombre al que pudiese decirle de verdad «*serás tú*» con la temperatura arrasadora de la zona. Y sobre todo, perderse en un lugar donde nada conocido, ni siquiera sus antiguos miedos, pudiesen alcanzarla.

Recordó la fama de buenos amantes de los moros, su belleza apolínea, sus pieles suaves y aceitunadas, su trato entre embaucador y rastreo, su tendencia desmedida a la adulación. ¿Por qué no había empezado por ahí para comprobar si todo eso era magníficamente cierto?

Clara Bravo no pudo responderse. Es que simplemente no se le había ocurrido. Pero lo peor no era eso. No tenía pistas para evaluar en dónde se estaba metiendo. Su inconmensurable capacidad de asombro y su ancestral ingenuidad serían esta vez sus más bravos enemigos.

Luego de descartar las ciudades de Túnez y Cartago (la primera no tenía playas y la segunda poseía un lujo que me excedía), me decidí por Hammamet, un pueblo de pescadores, encantador y tranquilo a orillas del Mediterráneo, pequeño y cálido, con un imponente fuerte con vistas a toda la ciudad, desde donde los tunecinos siglos atrás se habían defendido en numerosas guerras no recuerdo muy bien de quiénes.

Bares populares con terrazas, un zoco cautivante y laberíntico, playas angostas y largas sobre las cuales se extendían kilómetros de hoteles megaestrellas —cada uno a su manera intentando hacer sentir al huésped en un cuento de *Las mil y una noches*—, conformaban sus atractivos más evidentes. No veía en el lugar mujeres con el rostro cubierto. Más bien todas andaban en jeans y camisetas escotadas. Sólo algunas ancianas parecían respetar la tradición musulmana. Vi, incluso, varios bares donde los lugareños bebían cerveza o vino, contradiciendo la religión. El sitio parecía muy occidentalizado y eso me decepcionó un poco.

Contraté el hotel más caro. Tenía playa privada, tres piscinas, kilómetros de jardines con olor a jazmín, una arquitectura moruna y un servicio sobrio y eficaz. Tres restaurantes —uno sobre la playa— y un centro de belleza con sauna seco y húmedo, masajistas, peluquería, gimnasio y piscina climatizada. Presentaban un show típico y distinto cada noche: desde la tradi-

cional danza del vientre hasta un mago con turbante que encantaba serpientes. La propuesta me pareció deliciosa. Paradójicamente se llamaba Occidental pero el detalle no me resultó relevante. Seguramente sería el toque irónico y visionario de algún asesor europeo.

Quería lo mejor para sentirme todo lo bien que necesitaba y así establecer mi nueva base de operaciones. Ese primer atisbo al mundo árabe me había fascinado y sentí que podía vivir allí por el resto de mi vida. Sabía que mi primera impresión era un tanto exagerada pero no podía dejar de sentirla. Deseaba que algo sucediese para no tener que moverme de ahí. De ese calor, de esa arena y, por supuesto, de alguno de sus hombres ubicado estratégicamente entre mi corazón y mis piernas.

Pasé el primer día sudando entre el sauna húmedo y la piscina climatizada. Permanecía cinco minutos transpirando en el medio de un novedoso y gratificante esfuerzo y, cuando me sentía agobiada, salía y nadaba durante media hora. Estaba feliz, completamente relajada y con la guardia baja. En los vahos del sauna conseguí olvidar por qué razón estaba allí. Me rendí, desnuda y sin prejuicios, sobre los azulejos húmedos mientras mi cuerpo se desintoxicaba probablemente de todas las frustraciones de mi vida. El pelo y la piel mojados me hacían sentir increíblemente sexy. Nunca había experimentado algo semejante.

El lugar estaba vacío. Los demás huéspedes

parecían preferir la vida bajo el sol y el amparo de un mar enfermizamente azul.

Creo que me quedé dormida un rato y que cuando me desperté él ya estaba ahí. Me demoré unos segundos en darme cuenta que no estaba soñando. La escena me resultaba bella y reconfortante. Yo estaba boca arriba y él, un moro esbelto y radiante, se inclinaba sobre mí masajéandome el pecho con un aceite que olía a coco. Cerré los ojos y lo dejé hacer.

Trató de hacerme entender, me parece, que era el masajista del sauna y que me estaba ofreciendo sus servicios con una pequeña muestra de las habilidades de las que estaba dotado. Acepté todos sus servicios, asintiendo con la cabeza, convencida de que quería probarlo todo.

Sentía cómo mi cuerpo se deshacía entre sus manos que tenían una sabiduría con la que nunca me había topado. Sus masajes eran ambiguos. Por momentos parecían ser caricias llenas de inspiración y provocador erotismo pero al segundo se incrustaban en la rutina de unos movimientos inequívocamente profesionales.

Llegado un momento, no podría precisar después de cuánto tiempo, me pidió que me diese vuelta, doblándome él mismo con sus dos manos precisas. No había dudas. Estaba completamente excitada por ese desconocido que me producía un conjunto de sensaciones audaces.

Cuando terminó su trabajo yo estaba exhausta y tremendamente caliente. Nos cruzamos

una mirada que yo estiré hacia arriba y hacia debajo de todo su cuerpo. Recién entonces noté que estaba desnudo y con una erección que me llenó de orgullo. Sin decir una sola palabra, entramos en uno de los apartados que funcionaban como vestuarios y cogimos con desenfreno y sin besarnos. Con violencia y con necesidad me penetró y se sacudió dentro de mí. Nos tapamos la boca mutuamente. Nos avergonzaban nuestros mutuos y posibles aullidos que se insinuaban ante cada movimiento. Tácitamente los preferíamos ahogados. Parecía que en ello se nos iba la vida. Yo, al menos, no podía hacer ninguna otra cosa ni estar en ningún otro lado. Nos corrimos enseguida y volvimos a empezar sin que nuestros labios llegaran, nuevamente, a rozarse, con los mismos movimientos bestiales y nuestras manos alertas, previniendo cualquier sonido que pudiese salir de nuestras bocas.

El ingreso repentino de una clienta puso fin a nuestro encuentro. Sentí que había perdido cinco kilos. Flotaba.

Salí del vestuario y él me persiguió unos metros, solicitándome el pago del masaje. Me pareció increíble su descaró. O quizá yo estaba equivocada y todo eso formaba parte de un eficiente servicio integral. Estaba confundida, aunque no tanto como para no darme cuenta que él también había gozado. En un acto de absoluta irresponsabilidad, sentía todavía la tibieza de sus dos dosis de semen escurriéndose entre mis piernas.

Por lo demás, no llevaba dinero encima y no me permitieron firmar un vale del hotel. Los servicios del sauna, por alguna razón, se pagaban en efectivo. Salí diciendo que en media hora volvería con el dinero y me dejaron ir sin inconvenientes aunque él me siguió con la mirada, atravesándome con sus ojos desconfiados.

Necesitaba meterme en el agua y eso hice. Me zambullí en la piscina y nadé tratando de reconstruir lo sucedido para volver a disfrutarlo. El masajista era un hombre joven, alto y magro. Moreno y de ojos tan grandes como verdes. Tenía abundante pelo en el pecho, en los brazos y en los pies, detalle que ante mí aumentaba su virilidad.

No tuve el placer de probar la sabiduría de sus labios gruesos ni el placer de adentrarme en su boca que me pareció perfecta, por lo que necesité nadar unos minutos más para imaginármelo.

Salí de la piscina aún más mareada que cuando entré. Me arreglé el pelo como pude y me sequé el cuerpo rápidamente con una toalla que daban ahí. Me puse un vestidito blanco que me había comprado en una de las tiendas del hotel para la ocasión. Se me pegó escandalosamente al cuerpo. Parecía que estaba desnuda.

Quería ir por el dinero y pagarle de una vez para quizá, luego, arreglar otro encuentro. Sí. Tenía que conocer esa boca y quería escuchar todos los gritos que eran capaces de brotar de ella.

Salí del sauna todavía flotando. Feliz. Ni por un segundo pensé que ese podía llegar a ser el hombre de mi vida pero me había dado más placer que todos los demás, aquellos que yo había creído que sí podían serlo.

Para llegar a mi cuarto tenía que atravesar el inmenso *lobby* del hotel. La distancia me parecía una pesadilla, pero sumé las escasas fuerzas que todavía me quedaban y encaré el largo trayecto. Ya era casi la hora de la cena y no me sentía con la ropa adecuada para estar en ese lugar, mojada y como desnuda. Caminé, concentrada en mis pasos. Temía caerme en cualquier momento.

—¡Clara!— gritó una voz temblorosa.

Me detuve en seco y no me atreví a darme vuelta, extrañada, al escuchar mi nombre, segura de que se trataba de una coincidencia o de un error, aunque el timbre me había resultado horrorosamente familiar. Por fin me animé a girar hacia la voz, achiqué los ojos para enfocar lo mejor que mis condiciones me lo permitían y así poder confirmar lo que veía. No. No podía ser cierto. Pero espantosamente, lo era.

Pablo Bravo no había muerto aquella mañana en que Clara lo abandonó, carta de por medio. Porque era él quien estaba allí mismo, en el *lobby* del Occidental y caminaba directo hacia Clara.

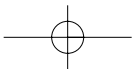
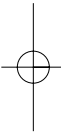
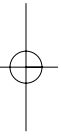
Apenas lo vio, Clara se desbordó por ese miedo inexplicable que algunos vivos tienen de

los muertos. Pero del susto pasó a un temblequeo anodino y luego a una franca sorpresa que hasta la alegró, porque nunca le había deseado la muerte a Pablo. Finalmente todos sus sentimientos se sintetizaron en un puro y simple estupor. Para Clara, Pablo Bravo estaba muerto y enterrado en lo más hondo y oscuro de sus recuerdos —también en algún cementerio del que no tenía ni idea— y, de alguna manera, su muerte había sido el motor que había disparado la búsqueda que ahora estaba encarando. Con Pablo vivo, sus certezas se desdibujaban y su búsqueda parecía perder sentido.

Todo su pasado se le cayó encima y volvió a sentirse insegura y fea, como entonces. El placer del masaje se derritió entre su cuerpo que empezaba a contraerse.

Pablo Bravo se le plantó a dos centímetros de su cara. Parecía más rengo que antes. Alzó la mano derecha como para pegarle una cachetada. La izquierda la tenía pegada al cuerpo, como paralizada. Clara permaneció imperturbable. No porque se sintiese valiente, sino porque estaba petrificada. De cerca pudo ver su cara tiesa, desfigurada, exactamente como la de alguien que hubiese vuelto de la muerte. Tras unos segundos de silencio incómodo, Pablo Bravo por fin se decidió a hablar.

—Nunca pensé que pudieses ser tan hija de puta —le dijo y acto seguido, la escupió.



6

—Yo tampoco —atiné a contestarle, limpiándome la cara donde su saliva espesa pretendía ofenderme. No perdí la compostura pero tardé muy poco en darme cuenta de que con mi respuesta le estaba dando la razón.

—¿Entonces por qué? —quiso saber.

—Pensé que estabas muerto.

Sólo podía decirle media verdad y me sentía inmoral y escandalosa. No me parecía que él estuviese en condiciones de creerme cuánto me había dolido su ahora supuesta muerte. Pero me daba cuenta que cada vez que abría la boca ante un hombre, solía sentirme estúpida. Así me veía en ese momento.

—Fue una trombosis cerebral que bajó todos mis signos vitales —me explicó Pablo, como para justificar la hazaña de continuar vivo.

—No puede ser. De eso no se sobrevive.

—Ya ves que sí.

No le contesté. ¿Qué podía decirle?

—No te olvides que sos sólo una veterinaria, una curadora de perros y mascotas. Nada más.

—No me olvido. No entiendo cómo...

Pablo Bravo no me dejó seguir hablando.

—Estoy vivo gracias a tu madre.

—¿Mi madre?

—Casi tira la puerta abajo al ver que nadie le contestaba el timbre de casa. Pensó que te habías suicidado.

—Nunca se me cruzó por la cabeza.

—Me salvó la vida. Unos minutos más y lo hubieses conseguido.

—Pensé que había sido un ataque irreversible. Si hubiese sabido, habría pedido ayuda. Apenas puedo creer lo que veo.

—¿Creés que es una pesadilla?

—Un sueño. No puede ser cierto.

—Te aseguro que lo es.

Entendía su contrariedad y hasta su odio. Me dio una inmensa ternura a pesar de lo que me decía. Justificaba hasta sus palabras soeces. Por eso extendí mi mano para acariciarle la cabeza y él la tomó en el aire y la retorció con tanta fuerza que creí que me estaba rompiendo un par de huesos. Cuando me soltó, me quedé tambaleante, pero no me caí. La mano me dolía pero los huesos parecían haber resistido el embate. Tuve miedo. Mi pecho empezó a cerrarse y me fue difícil respirar. Con un hilo de voz, jadeante, le pregunté como me había encontrado.

—Dejaste muchos rastros —me contestó mientras disfrutaba claramente de mi debilidad haciendo una mueca con la boca que era una pér-

fida sonrisa de triunfo—. Cualquier detective de cuarta te hubiese encontrado. De hecho, un detective de esa categoría fue el que te encontró.

—Si no te hubiese creído muerto, jamás te hubiese dejado. —No le mentía.

—Eso ya no importa. Es casi un alivio que te hayas ido y hasta bendigo a mi trombosis, mirá.

Hizo una pausa y recién entonces me observó detenidamente. Creo que fue ahí cuando percibió mi cuerpo mojado y mi vestidito atrevido.

—Veo que seguís igual de fea y de pesada.

—No entiendo, entonces, la molestia de este largo viaje. Pensé que habías venido por mí —atiné a decir, dolida, porque yo había amado a ese hombre y sus palabras me golpeaban contra los recuerdos de sus constantes humillaciones.

—Podría haber mandado a alguien pero quería verte la cara cuando te lo pidiese.

—¿Cuando me pidas qué? —me atreví a preguntar con miedo. Pablo se había convertido literalmente en un monstruo.

—Quiero que me devuelvas toda la plata que te llevaste.

Se trataba de eso. Tendría que haberlo imaginado. Rápidamente enarbolé una respuesta. Como si el cimbronazo de sus palabras no me hubiese atravesado como me atravesó.

—Una parte era mía —le dije inmediatamente.

—Es bastante discutible.

—Además, toda no la tengo.

—Ese es tu problema.

—Te puedo dar lo que queda. —Le contesté así porque había logrado lo que siempre conseguía. Me sentía culpable, disminuida, como si la renga, pero renga de cerebro, fuese yo.

—No, querida. Toda la plata. La quiero toda. Qué esperarás, después de lo que hiciste...

Y siguió hablando, dándome un discurso sobre sus necesidades, mis obligaciones y sus derechos. Creo que hasta me amenazó de muerte pero mi cabeza ya estaba en otro sitio. Por fin logré despegar de sus humillaciones. Apenas lo escuchaba. Aunque fuese una persona detestable, no había dudas sobre que Pablo Bravo, muerto o vivo, despertaba en mí grandes ideas y también inagotables energías. Su violencia duplicaba la mía.

Gracias a su inesperada aparición, concebí mi próximo movimiento, estrictamente relacionado con la primera sensación que me produjo pisar tierra mora. Volví a escapar y a escurrirme y me ocupé muy bien esta vez de no dejarle ni una sola pista.

Un tiempo después supe que Pablo Bravo había vuelto a Buenos Aires a la semana de nuestro encuentro. Tuvo que tragarse sus amenazas. Viajó haciendo escalas en cinco aeropuertos —Túnez, París, Zurich, Santiago de Chile y por fin Buenos Aires— en un vuelo que le llevó más de setenta y dos hora —con un billete turista, quedando más pobre y solo que nunca. Todas las desgracias se las merecía.

Yo en cambio, había renacido. Volvía a escapar. Esta vez, esperaba, libre de una buena vez de las falsas y malditas culpas.

Para mí, Pablo Bravo volvía a estar muerto. Sus propias palabras fueron esta vez las que lo mataron y ya no habría apariciones ni reclamos que lograsen resucitarlo ante mis ojos. Al menos eso creía yo.

El truco que empleó Clara Bravo para perder de vista a Pablo definitivamente fue muy simple y básico y seguramente por eso también resultó muy efectivo.

Mientras Pablo Bravo enarbolaba su discurso de macho poderoso, Clara urdía su plan. Cuando Pablo terminó de hablar, Clara lo notó solamente porque cerró la boca y cesó cierto ruido —era el que producía la voz de él— y también porque la sacudió bestialmente tomándola del brazo izquierdo.

—Vamos... Hablá. ¿Qué pensás hacer?

—Primero que nada —le dijo con total frescura— necesito ir al baño y cambiarme de ropa.

Pablo Bravo se dispuso a acompañarla y Clara lo dejó hacer porque ya conocía las normas de los hoteles tunecinos. Cuando fue a pedir la llave en la recepción lo hizo como si jamás hubiese visto a Pablo Bravo y, cuando este la quiso acompañar hasta la habitación, Clara le advirtió al recepcionista que bajo ningún concepto le

permitiese subir. Ese hombre la había amenazado de muerte y ella ni siquiera sabía quién era. Estaba muy asustada y esperaba que el hotel —«mi hotel» dijo exactamente Clara Bravo— la protegiera.

No fue difícil convencer a los moros de la recepción. Todos habían asistido al monólogo de Pablo y habían visto cómo zarandeaba a Clara. De modo que le cortaron valientemente el paso y Pablo Bravo no se atrevió a enfrentarlos, mostrando con una repugnante claridad lo cobarde que era. Se sentía capaz de pegarle cuatro gritos a su mujer pero no podía ni balbucear cuando un par de hombres unos centímetros más altos que él, y con las dos piernas de idéntico tamaño, simplemente le decían que no.

No hizo falta que llegaran a las piñas. Pablo obedeció a los hombres mientras se atrevía a gritarle a Clara que la iba a esperar allí el tiempo que fuese necesario.

Los empleados del hotel, a pedido de Clara, lo echaron del *lobby*. Pablo Bravo se quedó merodeando por los alrededores pero no tuvo suerte. Los desconfiados moros alertaron a la policía y Pablo Bravo se pasó unas horas detenido hasta que logró explicar en su precario francés de qué se trataba su visita a Hammamet.

Esas horas fueron claves para que Clara pudiese esfumarse y eso fue exactamente lo que hizo.

Sin cerrar la cuenta del hotel, tomó todo su dinero y su pasaporte y, usando los pasillos de

emergencia, llegó hasta el sauna en busca del masajista.

Cuando volvió a verlo se enteró que se llamaba Farouk. Los dos hablaban inglés de modo que dejaron de lado esta vez el lenguaje contundente y pegajoso de los gestos y pasaron a las palabras. Sin embargo, antes, Clara le mostró un fajo de billetes pero Farouk los rechazó, negando con la cabeza. Entonces Clara le susurró *help me* y Farouk le contestó *of course*.

Clara le rogó que la llevara con él, necesitaba esconderse, luego se lo explicaría.

—*It's ok* —le respondió Farouk que parecía tan contento por el pedido como orgulloso por poder aceptar el desafío que Clara le proponía rogándole con su mejor tono de voz y con la más sensual expresión de su cuerpo.

Acordaron salir por separado porque Farouk, como empleado del hotel, no podía involucrarse con ningún huésped. Clara lo esperó a doscientos metros de la salida y Farouk la buscó con su Vespa plateada. A esa altura Pablo Bravo, ya había sido recogido por la policía y estaba anclado para siempre en los recuerdos que Clara Bravo había decidido desterrar.

Clara Bravo se sintió otra vez flotando sin saber que también allí, en el raudo viaje en esa moto con el bello Farouk, comenzaba a tejerse la maraña de una nueva decepción.

Esa noche Clara Bravo durmió en la casa del masajista, sola y en un cómodo sofá de la sala. Estaba tan extenuada que ni se le cruzó por la cabeza pedirle un masaje. Sólo necesitaba dormir y eso fue lo que hicieron ambos.

La casa de Farouk Tauti, así se llamaba el moro masajista, sobrepasó todas las expectativas de Clara Bravo. Si bien quedaba apartada tanto del zoco como de la zona turística y se situaba en el medio de un campo de tierra sin trazar y rodeado de basura, la edificación le pareció encantadora.

A la mañana siguiente muy temprano, con un magro desayuno de café y jugo de cartón de por medio, Farouk le contó que la había construido con sus propias manos —y las de dos amigos— y llevó a Clara a recorrer el lugar.

Era un solar muy amplio y limpio, de dos pisos, exquisitamente amueblado —muebles de ratán como los del hotel— y equipado con electrodomésticos de última generación —como los que pueden verse en las tiendas del ramo en cualquier gran ciudad de Occidente—. Contaba con una sala con DVD, un comedor adornado por souvenirs regalados por turistas —al menos eso le pareció a Clara—, pequeñas artesanías donde se podía leer en inglés «Recuerdo de Hammamet». Camellos en miniatura, pequeñas latas de cola con inscripciones en árabe, numerosas artesanías en forma de pez ejercían el papel de exclusivos adornos. La casa tenía dos cuartos. El del

propio Farouk con una cama *king size* y otro más con dos camitas y juguetes para niños.

Farouk le explicó que esperaba armar alguna vez una familia y se estaba preparando para ese momento. Aunque Clara sospechó de la explicación y por unos minutos pensó que el masajista tenía mujer e hijos, lo que le contaba Farouk era la pura verdad. Es que era un hombre previsor.

Las dudas de Clara se despejaron cuando llegó a la cocina que en realidad todavía no era tal. Se trataba de un espacio vacío con una garrafa de gas y un calentador eléctrico y nada más. Farouk le explicó a Clara Bravo que todavía tenía que trabajar muy duro para poder equiparla. En el hotel ganaba muy poco y todo lo que tenía se debía a la generosidad de las amistades que lograba hacer con los extranjeros.

Clara pensó que en esas condiciones no podía vivir ninguna familia, sólo un hombre solo podía cocinarse con esa precariedad. En cambio, los dos baños de la casa tenían bañeras y todo lo necesario. Y más: muchas cremas para el cuerpo, perfumes de marca —Clara a simple vista contó cinco—, toallas de buena calidad, espejos grandes, una balanza y sales de baño de varios colores.

El exterior de la casa estaba pintado de azul y blanco —los colores religiosos de Túnez— y estaba rodeado por una escalera que conducía a una gran terraza. Desde ella se podían apreciar las montañas al este y, al oeste y a lo lejos, el mar.

Después de la visita guiada donde Clara Bravo festejó cada uno de los espacios y guardó un respetuoso silencio ante la cocina, Farouk fue directo al punto. Entendía que Clara no quería permanecer más en el hotel —no le importaban las razones—, entonces él le ofrecía que viviera en su casa y que lo ayudara a equipar la cocina. Se trataba de dinero, de una sencilla y transparente transacción comercial. A cambio de ello, Clara podría quedarse en la casa por dos meses y cada vez que volviera a la ciudad, esa casa sería como la suya.

A Clara Bravo la propuesta le pareció más generosa que justa porque no esperaba que el masajista le hiciera ningún favor ni que la ayudara gratuitamente. Es más, contaba —prejuiciosamente— con que tratase de arrancarle dinero por medio de alguna excusa tonta, pero se lo estaba pidiendo a cambio de algo que a ella le convenía. Era mucho más de lo que había esperado.

Entre risas y rubores y, descontando una respuesta afirmativa, Clara Bravo le preguntó si el dinero que le pedía —una buena cantidad, algo más de tres mil dólares— también incluían sus masajes.

—*Of course not.*

Le contestó Farouk muy tajante. Sus manos eran su arte y también todo lo que hacía con el resto de su cuerpo. Aunque la respuesta la sacudió, también le resultó razonable. Era mejor así. Pagaría por que la volviera a tocar sin inconve-

nientes. El dinero alejaba inequívocamente toda posibilidad de entremezclar los sentimientos.

Las cartas estaban puestas sobre la mesa y a Clara todo le pareció perfecto. El intercambio inmobiliario, los masajes y las caricias pagos.

Farouk le ofreció su cuarto, el de la cama *king size*, y Clara estuvo de acuerdo. Inmediatamente se recostó sobre ella y con un gesto que hizo con la mano, llamó a Farouk, invitándolo a masajearla. Farouk le contestó que debía ir a trabajar al hotel y entonces arreglaron que, a las diez de la noche, cuando él regresase, sería la hora del masaje.

Farouk se fue dejando la puerta abierta y Clara se puso a recorrer la casa. Ya soñaba con esos próximos días, dos meses enteros, donde podría cumplir su sueño de perderse en África sin que nadie supiera de ella. Lo único que quería hacer por el resto de su vida era esperar a Farouk, esperar por sus manos. Y al menos eso fue lo que hizo ese único día porque a las diez en punto Farouk Tuati regresó a su casa y en lo que menos pensó fue en el masaje que le había prometido a Clara Bravo.

Apenas podía creer lo que me estaba pasando. El bellissimo Farouk y yo viviendo bajo el mismo techo durante dos meses. Masajes a diario, una cama impresionante, una casa exquisita, una terraza a cielo abierto. Y sus manos para mí. Eso

era lo que había necesitado desde el principio, un *spa* africano. Podría haber evitado todo tipo de sufrimientos y decepciones y, sobre todo me hubiese ocupado de que Pablo no me encontrase. Ahora estaba lejos de todo eso. Y me sentía increíblemente feliz. Farouk no era el hombre de mi vida pero estaba segura, él iba a cuidar de mí. Me necesitaba y no iba a dejarme escapar. No me molestaba pagarle. Finalmente cuántas veces había pagado con cosas más valiosas que el dinero. No sentía ninguna vergüenza por lo que estaba haciendo. Las manos de Farouk me aceptarían para seguir buscando un tiempo más adelante, más segura y descansada, aquello que todavía no había encontrado.

Faltaban menos de diez minutos para que se hicieran las diez de la noche y Farouk llegaría pronto. De modo que decidí prepararme para esperarlo. Me metí en uno de sus baños y me duché rápido. Hurgué entre sus cremas y elegí ponerme una con olor a tilo, fresca y sensual. Quería que mi piel le resultase una superficie agradable para trabajar.

A las diez en punto escuché cómo se abría la puerta. Farouk, era Farouk. Escuché sus pasos pero tras ellos, un ruido de voces me alertó. Me pareció que Farouk no venía solo y, en efecto, cuando me asomé desde la ventana de la proto-cocina, vi que lo acompañaban dos hombres que cargaban inmensas cajas. Subieron hasta la casa y, pasando delante de mí sin decir nada ni mirar-

me, las colocaron sobre el piso de la cocina. Tras ellos llegó Farouk. Lo recibí con una sonrisa que no me devolvió. Yo era para esos hombres menos que un mueble. Los tres empezaron a subir y bajar cargando de todo: cajas de azulejos, una heladera, un horno microondas, una mesa grande, tarros con pintura, cuatro sillas, una cocina, bolsas de arena y de cal y pesadas láminas de mármol.

Farouk y sus amigos pasaban delante de mí hablando en árabe y seguían sin hacerme caso. Por alguna razón me había convertido en invisible. Me pareció inoportuno recordarle a Farouk que era la hora acordada para mi masaje —no creía que fuese a tener suerte— y decidí esperar a que terminasen de descargar todo lo que habían traído y comprado, supongo, con el dinero que yo le había dado a Farouk esa mañana.

Apenas terminaron de descargar se pusieron a trabajar frenéticamente en la cocina. Era la medianoche cuando terminaron de colocar los azulejos. Entonces se detuvieron y abrieron una especie de vianda de donde sacaron seis bocadillos —pude reconocer que eran de la clase de los que se vendían en uno de los restaurantes del hotel— y se pusieron a comer. En ese momento, sentí un hambre atroz pero no me convidaron y no me atreví a pedirles nada. Cuando terminaron de comer, limpiaron los azulejos hasta que sus rostros se reflejaron en ellos. Luego se despidieron efusivamente.

Los amigos de Farouk se fueron en la furgoneta y Farouk se metió en el baño, el mismo en el que yo me había duchado. Seguía sin mirarme y sin hablarme. Fue entonces cuando decidí actuar.

Intenté entrar al baño pero había trabado la puerta. Al escuchar mi intento fallido, comenzó a gritarme en árabe y si bien yo no entendía una sola palabra intuía que no me estaba diciendo nada bonito. Decidí esperar a que saliera. Pero pasó una hora y Farouk seguía ahí. Pasó otra y nada. No podía imaginar qué estaba haciendo tanto tiempo en el baño.

Por fin, cuando ya iba a cumplirse la tercera hora, salió. Lo que vi me resultó totalmente desconcertante. Farouk salió desnudo pero no fue su desnudez lo que me impresionó sino que se había afeitado todo el cuerpo. Ni un solo rastro de pelo a lo largo de su piel suave. Ni en el pecho, ni en las axilas, ni en los brazos ni en las piernas. También se había rasurado la cabeza, dejando en evidencia la perfecta contextura de su cráneo. Apenas estaba saliendo de mi asombro cuando me tomó del brazo y me condujo a la cocina susurrándome al oído que había llegado mi hora. Me sacó la ropa mecánicamente, luego me alzó y finalmente me puso boca arriba sobre la mesa inmensa de la cocina. Me sentía paralizada por una extraña fascinación. Verlo sin vellos me había hipnotizado.

Por unos segundos pensé que quizá podía descuartizarme viva. Nada de eso sucedió. Empezó

a darme un masaje tan estimulante como el primero, si bien esta vez me resultó claro —quién sabe si por el contexto— que yo era sólo un pedazo de carne sobre el que él trabajaba.

Sus masajes esta vez incluyeron una técnica —quizá por eso lo de los pelos— a través de la cual trabajaba sobre mis músculos no sólo con sus manos sino también con la suavidad de sus antebrazos y trataba de descontracturar mi espalda haciendo presión con su pecho ahora lampiño. A pesar de la cocina y del contexto, esta vez no usó crema de coco, directamente me pasó por la piel aceite de freír y logró calentarme más que en el sauna del hotel.

Cuando terminó su trabajo, noté que tenía una erección y no pude evitar darle un manotazo. Sobre la firme mesa de la cocina, volvimos a hacer el amor. Yo estaba completamente ida, sólo concentrada en lo que sentía cada poro de mi aceitado cuerpo. Tenía los ojos cerrados y me dejaba llevar por el placer de todos nuestros movimientos. Pero en un momento abrí los ojos y vi cómo Farouk se movía acompasadamente dentro de mí mirando fijamente su rostro que se reflejaba en los azulejos. Se miraba y se sonreía con satisfacción y en esa mirada hacia sí mismo y en esos movimientos deliciosamente acompasados logró borrararme. Súbitamente ya no estaba conmigo. Estaba sólo con él y él mismo era quien se daba placer. Yo había sido una parte pequeña de su complejo rito de autosatisfacción. Cuando lo-

gró tener su orgasmo, ya hacía rato que mis ojos estaban sobre él —que en ningún momento reparó en que lo estaba mirando— y su sonrisa hacia sí mismo fue más grande y más hermosa y hasta se lanzó un beso haciéndose un mohín juguetón mientras chasqueaba los labios. Por supuesto que en ese mismo y exacto momento se levantó y se fue al cuarto de los niños donde, supongo, se dedicó a dormir o a seguir masturbándose. Yo volví al baño. Necesitaba una ducha de agua fría.

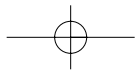
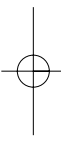
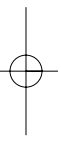
Clara Bravo no tenía nada que reprocharle a Farouk Tuati. Él no había faltado a su palabra. Pero esa no era la idea que tenía Clara de la permanencia en la casa del masajista. Aunque se hubiese equivocado con la evaluación, estaba harta de cruzarse con pajeros o canallas. Se resistía a creer que el sexo masculino no conociese alguna otra categoría. Pero de lo que sí estaba segura era de que con Farouk, no quería quedarse. Estaba cansada de huir y la fatigaba la idea de volver a irse de un lugar, pero qué se iba a quedar haciendo en esa casa, donde su sueño de recluirse en África se había convertido en formar parte del rito sexual de un moro imaginativo. Se fue de la bella finca de Farouk y, como al descuido, vertió un tarro de pintura sobre los brillantes azulejos donde ahora no podía reflejarse ni la mirada de un lince.

Pasó por el hotel a cerrar sus cuentas y a recoger su ropa. También, tomó otro baño donde

terminó de sacarse todo el aceite que Farouk parecía haber querido concentrar, quién sabe por qué razón, en su pelo. Su cabeza lucía repugnantemente grasienta, como si no se la hubiese lavado en años.

Pidió un taxi para ir directo al aeropuerto de Túnez. Allí compró un pasaje para el primer vuelo que salió hacia Europa. No le importaba adónde fuese. Estaba cansada de seguir arrasando su vida por el mundo. Si planificaba menos, pensó, quizá tuviera más suerte. En el mismo aeropuerto de Túnez tiró su manoseado globo terráqueo en un cesto de basura. No tuvo tiempo de comer nada.

Así fue como llegó a París. Hastiada y muerta de hambre.



7

Al quinto día en París, ciudad que nunca había visitado, ya podía recorrer sus calles de memoria sin valerme de ningún mapa. Me había concentrado obsesivamente en conocer sus itinerarios por mí misma, sin ayuda de guías turísticas o tours concertados. La belleza de la ciudad me sobrecogió y me dio un respiro. Los paseos por el Sena me calmaron los nervios mejor que cualquier tranquilizante y la cúspide de la Torre Eiffel fue una experiencia que me dejó tan molida que me hizo olvidar por un largo rato de mis decepciones.

Dejé de lado los museos, pero me divertí mirando las vidrieras del Carroussel del Louvre y las curiosísimas exposiciones en la Géode de la Ciudad de las Ciencias. Me tenté con ir a Eurodisney hasta que finalmente lo descarté. No estaba para más montañas rusas que mi propia vida.

París, básicamente, me permitió reflexionar. Me obligué a no hablar con nadie, más allá de lo estrictamente necesario. Por lo tanto mis intercambios de palabras sólo se produjeron con mo-

zos, conductores de taxis, expendedores de boletos de metro o dueños de bares o de tiendas en las que ocasionalmente entraba a preguntar algo.

En ese quinto día y mientras daba vueltas entre las tumbas del cementerio de Montmartre —ya había visitado Père Lachaise y Montparnasse— empecé a sentir que probablemente lo más razonable sería abandonarlo todo. No me sentía con fuerzas para seguir buscando nada ni mucho menos al hombre de mi vida. Estaba triste, vencida, creyendo que ese hombre o no existía o estaba ocultándose demasiado. Mi ecuación había fallado y yo no lograba encontrar a quien deseaba y a quien, a su vez, me desease en un periodo de tiempo que me resultase asequible. No había contado con mi ansiedad, hacía apenas poco más de un mes que había dejado Buenos Aires y en ese lapso había concentrado muchas más experiencias que las que había vivido a lo largo de mi vida. Pero toda esa movilidad no hizo más que llevarme a un espantoso estancamiento. Me había expuesto a situaciones inimaginables. Conocí personas diversas e inquietantes, sufrí, me divertí, creí enamorarme inescrupulosamente, pero en realidad me seguí sintiendo tan sola y tan perdida como antes de abandonar a Pablo Bravo. Había girado para llegar al mismo lugar rígido e implacable. En otras ciudades, con otros aires, pero en el mismo, exacto y frustrante sitio donde la esperanza se desvanece.

A lo mejor era la lugubridad del cementerio la que me hacía pensar de ese modo. Decidí abandonarlo. Quizá entre las callejuelas pudiera reanimarme un poco, pero lo dudaba. Estaba pensando firmemente en volver a Buenos Aires, en retomar mi rutina de veterinaria y quedarme quieta, esperando que la nada continuara, hasta que mi vida se extinguiera de aburrimiento, de falta de amor, de monótona e inofensiva tristeza.

Montmartre parecía muy animado esa tarde y sentí pena por mí, aunque siempre detesté autocompadecerme. Tanta vida alrededor y yo no me encontraba en condiciones para aprovecharla y participar de ella. Me sentía completamente fuera, como si la alegría fuese un territorio ajeno, sólo capaz de pertenecerle a los otros. La derrota y el agobio se habían apoderado de mí. Si el amor no llegaba, la vida ya no me importaba nada. Flotaría en una levedad obligada hasta el día de mi muerte. Pero sabía que para eso seguramente faltaba un tiempo y entonces decidí que tenía que acostumbrarme a la idea de vivir con esa suerte de perpetua incomodidad, de ese inmanejable desasosiego, como un callo que se iría haciendo más grande a lo largo de los años. La perspectiva me resultó escalofriante.

Estaba más triste de lo que jamás había estado.

Caminé hacia el metro, decidida a volver al hostel de una estrella, el Petit Hôtel de Ville, donde me alojaba, exactamente detrás del centro Charles Pompidou y a tres cuadras del verdade-

ro y lujoso Hôtel de Ville. Ya había gastado demasiado dinero y tenía que empezar a ser cuidadosa. Por supuesto que hubiese preferido cualquier cinco estrellas de la avenue George V, pero mis despropósitos en Italia y en Túnez y todos mis billetes en primera clase, me dejaban poco resto.

Ya anoecía cuando estaba llegando a mi refugio de mala muerte, crucé Les Halles y la plaza del Pompidou colmada de turistas que viajan con dos pesos y, antes de meterme en mi cuarto a empacar, decidí dar una última vuelta por el barrio bohemio de Saint-Germain. De modo que me dirigí al Sena, crucé el puente y empecé a dar una vuelta.

Otra vez el mundo me golpeaba con su vitalidad y me hacía sentir pequeña. Quise salir corriendo y esconderme en mi refugio barato. De hecho, eso fue lo que intenté hacer. Giré sobre mis pasos y empecé a correr, con tanta torpeza y descuido que un viejo y gracioso mini Austin estuvo a punto de arrollarme. En efecto, quedé tendida en el piso boca abajo y completamente paralizada por el susto. Por un segundo pensé que había muerto y hasta sentí el alivio de los cobardes. Desgraciadamente, una voz cálida —cuánto la maldije— me retrotrajo al mundo de los vivos.

—*Mademoiselle, ça va?*

La voz se repetía como un eco y no tuve más remedio que dirigirme a ella y contestarle.

—*Oui, oui. Ça va.*

Charline Deauville salió disparada de su auto absolutamente convencida de que había vuelto a atropellar a un transeúnte. Le pasaba a menudo. Es más, esa misma semana había matado a un gato y le había quebrado un brazo a un ciclista inglés, un joven turista que recorría la ciudad en bicicleta. Cuando se bajó de su auto y vio a Clara Bravo boca abajo e inerte sobre el asfalto apenas pudo articular un par de palabras que repitió incesantemente.

—*Mademoiselle, ça va?*

Fue entonces cuando Clara Bravo, furibunda luego de haber constatado que seguía viva, volteó la cara y se puso de pie.

Charline se avalanzó sobre ella, apabullándola a preguntas sobre su estado. Clara Bravo apenas entendía lo que le decía, su francés era muy básico y la insistencia de la mujer, casi un cotorreo, la fastidió de tal modo que le produjo el único sentimiento apasionado de esos días grises en París, el legítimo deseo de mandarla a la mierda.

—Déjeme de joder. Estoy perfectamente. Y por favor, cálese de una vez.

—Oh. ¿Eres española? —le soltó sorpresivamente Charline Deauville, en un correcto español con marcado acento francés. La mujer no parecía en lo más mínimo ofendida por el insulto. Sólo la embargaba una todavía inexplicable sor-

presa por descubrir que su víctima no era de su ciudad.

Clara Bravo le contestó automáticamente que era argentina y Charline lanzó una carcajada.

—No me lo creo —le contestó la francesa en su peculiar español—. Acabo de echar a patadas a un argentino de mi casa.

Esas palabras hicieron que Clara Bravo sintiese una inmediata simpatía por Charline y en menos de diez minutos ya estaban sentadas en el Café de Flore como dos viejas amigas hablando de hombres.

Hacía años que Clara Bravo no tenía charlas de ese tipo con mujeres y se sintió mágicamente devuelta a la carrera de la vida. Antes de las nueve se encontró invitando a Charline a cenar a un restaurante árabe del Barrio Latino y Charline, fascinada por el acento argentino que le recordaba a su último amor, aceptó encantada.

—*Allez, allez*. Hablar mal de los hombres me abre el apetito.

Luego de atiborrarnos de falafels vegetales, sabrosísimos kebabs y unos largos litros de tinto francés, Charline y yo ya nos habíamos contado la vida y habíamos llorado —es una manera de decir— una en el hombro de la otra sobre nuestra serie de fracasos sentimentales.

Charline todavía no había cumplido los treinta y cinco, tenía los ojos color miel y el pelo rojo,

la piel blanca llena de pecas, un cuerpo magro y un rostro afable. Era dueña de una belleza serena e impecable y me resultaba increíble su mala suerte con los hombres. Toda mi vida había creído que esas cosas sólo le sucedían a mujeres como yo, carentes de atractivos visibles y tirando a feas.

Pero el narcisismo de Alberto Rosso, el novio argentino de Charline, no tenía nada que envidiarle al de mi tunecino. Mi compatriota no se miraba al espejo mientras hacía el amor con Charline pero era incapaz de tener un orgasmo donde no interviniera su propia mano. Y el tipito canalla de su último amante francés parecía calcado del de mi efímero episodio con el gallego. Daniel Pierrot se hizo humo un día, luego de haber compartido siete meses de intimidades con Charline y cuando esta fue a buscarlo, lo encontró en el mismo estado de intimidad con otra mujer que parece que había sido la suya desde siempre, de modo que cuando Charline se presentó ante él, Daniel Pierrot sencillamente la trató de loca y pretendió no conocerla.

En ese punto de la conversación nuestro intercambio de experiencias parecía una competencia por demostrar quién había sido más desdichada que la otra y quién había conocido al más bastardo de todos los hombres. Por una vez en la vida, aunque no fuera para vanagloriarse, gané yo. La originalidad de Riccardo *Ricky* Vassallo dejó sin habla a la experimentada y bella Charline. Luego de mi relato pedimos una copa

de champán para festejar nuestra incipiente amistad. Brindamos, ligeramente emocionadas, y Charline me llevó a un lugar que dijo que, a esa altura de la noche, ambas nos merecíamos. Le pregunté de qué se trataba. No quiso decírmelo. Prefirió mantener la sorpresa. Nos subimos a su mini Austin un poco borrachas y bastante más felices que antes de conocernos. Charline manejó lo más rápido que el coche se lo permitió y llegamos al lugar donde ella me había prometido que podríamos aliviar nuestra pena.

Tardamos alrededor de una media hora en atravesar la ciudad. El curioso lugar quedaba casi en las afueras, muy próximo a la Porte de Clignancourt.

En la entrada no había ningún letrero indicativo. En cambio, una larga fila de mujeres esperando entrar daba la pauta de que allí se cocía algo sabroso. Luego de esperar pacientemente durante una hora a que llegara nuestro turno y luego de que le insistiera con vehemencia a Charline sobre si valía la pena semejante espera, logramos entrar. No había podido imaginármelo. Tampoco lo había visto en alguna película o leído en alguna novela. No era el producto de la imaginación de algún artista hipercreativo. Era real y fue auténticamente maravilloso.

El lugar se llamaba Katarsis, un nombre algo obvio dada la sofisticación de sus servicios. Era su-

mamente caro —una sesión costaba cuatro mil francos— y aun así sólo podía acceder un grupo selecto y reducido de socias que, usaran o no sus servicios, debían pagar una cuota de trescientos francos al mes. Ese dinero les daba derecho a una sesión mensual luego de la cual todas las demás debían pagarse y esa cuota permitía, también, llevar una invitada al mes con el objetivo —por parte de la casa— de sumarla a su lista de socias y beneficiarias. El servicio era tan bueno y gratificante que el noventa por ciento de las invitadas se asociaban y, si no lo hacían, lograban ingeniárselas para volver.

Si Clara Bravo no hubiese tenido un domicilio tan mutante por esos días, sin duda, se hubiese asociado. Pero de todas maneras, hizo uso de las instalaciones de Katarsis y no es abusivo decir que, gracias a eso, pudo continuar con su gira.

Así es, Katarsis ofrecía la posibilidad de reparar situaciones traumáticas de cualquier tipo. A través de un grupo de actores avezados y dispuestos a cualquier cosa dirigidos por psicólogos expertos en psicodrama, las usuarias podían revivir la parte de su vida que eligieran con el elenco adecuado pero con la maravillosa posibilidad de dar a la situación el final feliz o reparador que ellas quisieran. Las usuarias en general, dado que eran perfectamente conscientes de que la situación no era real, raramente elegían cambiarle el final a la historia en el sentido de que el

hombre que había verdaderamente intervenido en ellas decidiera no ser canalla, pajero o un mal tipo de cualquier especie. La mayoría elegía la reparación por medio de la venganza, una actuación donde ellas se convertían en las pajeras o en las canallas o en las malas de cualquier tipo.

Sangre, dolor y lágrimas les eran proporcionados a los actores que interpretaban estupidamente el dolor de los vencidos. Las mujeres salían satisfechas, listas para poner el cuerpo en alguna otra desgracia o con el valor para actuar en la vida real aquello que habían ensayado en Katarsis.

Teniendo en cuenta la cantidad de frustraciones de Clara Bravo, le costó elegir qué situación quería reparar. No eligió el final donde el hombre actuaba buenamente, prefirió ponerse ella en el lugar de la villana y esa experiencia, aunque efímera y quizá banal, le cambió para siempre.

Me di cuenta que toda mi vida había huido de los hombres sin pedirles justificaciones y sin yo misma explicarles por qué me iba. Más allá de mis pequeñas venganzas infantiles que nunca supe si habían funcionado como alguna clase de mensaje. Aunque este procedimiento tan repetido en mi vida visto a la distancia podría resultar evidente, yo no lo había notado hasta que llegué a Katarsis y me puse a pensar qué quería reparar. Me di cuenta de que estaba atragantada por las

palabras no dichas a todos los hombres a los que imaginé amar y a los que por una u otra razón había dejado, la mayoría de las veces muy a mi pesar. Siempre me había resultado más sencillo escaparme sin decir nada. Mi mayor acto de compromiso con una partida fue la carta que le escribí a Pablo Bravo. Pero cuando lo hice, creí que estaba muerto por lo cual no podía contar esa vez como buena. La vida me había dado una segunda oportunidad para decirle todo lo que pensaba y yo había vuelto a huir. Si había llegado a donde había llegado era, primero y principal, porque había huido de él. Entonces supe que la situación que tenía que revivir era esa.

Hablé con el director de turno, un psicólogo francés casi anciano que parecía muy comprometido con la causa de Katarsis, y le conté cómo era Pablo Bravo y cuál era la situación que quería volver a atravesar. El psicólogo anciano y dos asistentes tomaron nota de todos los detalles, incluso de los muebles y objetos de decoración que estaban en el cuarto donde tuvo lugar el último encuentro en Buenos Aires, unas horas antes de que me despertara y lo encontrara, según mi parecer, muerto. Me hicieron esperar media hora al cabo de la cual, me solicitaron que entrara a una sala donde iba a tener lugar la escena. Tenía veinte minutos para actuarla.

El psicólogo me aconsejó espontaneidad y, recordándome que se trataba de un actor y no del verdadero Pablo Bravo, me estimuló para

que le dijera todo lo que no había podido en su momento. El actor iba a interpretar su papel que consistía en hacer todo lo que yo necesitara para irme de ese lugar limpia y renovada.

Entonces entré a la habitación y el hombre que vi sentado frente a una mesa de cocina idéntica a la de la casa que había abandonado en Buenos Aires, se parecía tanto a Pablo Bravo que por unos segundos me intimidó. Inmediatamente me acordé de las palabras del psicólogo y me tranquilicé. Recordé también que sólo tenía veinte minutos y entonces me apresuré a abrir la boca, a decir de una vez todo lo que me había callado porque temía hablar y porque creía que Pablo Bravo era incapaz de escucharme.

La noche previa a mi huida, íbamos a cenar un pescado a la sal —creo que era merluza— que yo había preparado con bastante esmero. Cuando le serví su porción, Pablo Bravo me dijo que no podía creer que yo hubiese olvidado que él era alérgico al pescado. En realidad, nunca me lo había dicho. Me ocultaba cosas mucho más importantes y nunca llegué a saber si lo de la alergia era verdad o si lo había dicho simplemente para molestarme. En ese mismo momento tuvo un arrebato de ira por el que tiró el plato al piso y amenazó con pegarme una cachetada, levantando su brazo izquierdo hasta la altura de su cabeza. Yo sabía que no iba a golpearme porque no era la primera vez que me amenazaba con hacerlo y luego todo quedaba en ridículas piruetas.

Decidí empezar por ese momento. Sobre un mueble estaban los dos platos con pescado, y el actor ya estaba sentado a la mesa, leyendo un diario.

Le serví el plato y la actuación del arrebato fue tan buena que me impresionó y casi felicito al hombre. Pero tuve que recordar la cuestión de los papeles y entonces empecé a soltar mis palabras, a decir todo lo harta que estaba de sus maltratos y de sus humillaciones, que esa era la última vez que se lo permitía y que iba a dejarlo, que a pesar de todo lo seguía queriendo y que estaba segura de que eso sería siempre así, aunque fuese en silencio, pero que si quería hacer algo digno con mi vida debía irme de su lado.

En realidad decirle todo eso me tomó apenas siete minutos del tiempo comprado. El actor reaccionó mansamente y sólo me dijo, interpretando su papel, que hiciera lo que creyera conveniente y me pidió perdón. Se levantó de la mesa, recogió los trozos del plato roto y del pescado desparramado y los tiró a un tacho de basura que habían puesto por ahí, eso no estaba en mi casa. Luego se acercó hasta mí cojeando, con su mirada clavada en mis ojos, con su mirada que parecía pedirme que no lo dejara.

—No me dejes— dijo el actor a un centímetro de mí.

Y me sentí muy confusa, no sabía cómo debía reaccionar. No tenía claro si debía besarlo o si tenía que salir corriendo. Pero como era una

situación reparadora decidí besarlo porque, después de todo, salir corriendo era lo que siempre había hecho. Luego de besarnos, el actor se apartó y me dijo:

—Yo también siempre te voy a querer.

Y cerré los ojos que ya se me humedecían, mostrándome cuánto me había costado dejar a aquel hombre al que, al menos hasta ese momento, había querido. Pero como por arte de magia, ese sentimiento de amor tortuoso desapareció. Tampoco esas palabras hubiesen alcanzado para retenerme y eso terminó de aclararlo todo. Yo iba a dejarlo aunque él me rogara que me quedase, aunque me jurara que me quisiese.

Cuando abrí los ojos, el actor ya se había ido y busqué a Pablo Bravo dentro de mi corazón y dentro de mi alma y de verdad esta vez ya no lo encontré. No estaba por ninguna parte, ni siquiera en el rincón de los recuerdos malditos. Lo había olvidado porque había logrado perdonarlo. Me sentí extremadamente liviana y con esa agradable sensación abrí la puerta y salí del cuarto del simulacro.

8

Clara Bravo no sabía cómo agradecerle a Charline Deauville el favor que le había hecho permitiéndole conocer Katarsis. Y las palabras de agradecimiento y las flores que le compró a Charline le resultaron completamente insuficientes.

Ambas fueron discretas y ninguna le preguntó a la otra cuál había sido la situación reparada pero las dos notaron que las respectivas sesiones habían quitado un peso molesto de sus corazones.

Charline sólo quiso saber si Clara iba a seguir con su búsqueda y Clara le dijo que sí, que ahora se sentía más fuerte y preparada que nunca.

—Además de lo de Katarsis, ser tu amiga me hizo más fuerte —le confesó—. Nunca tuve una amiga verdadera, una compinche. Sólo compañeras de estudios y algunas colegas ocasionales.

Charline y Clara se dieron un abrazo emocionado y sin decirse nada cada una adivinó sin margen de error que podía contar con la otra por el resto de su vida y esta confortable sensación las ayudó a sentirse menos solas.

Era de mañana muy temprano y habían terminado de desayunar en un bar frente al Sena. Como muestra de confianza y todavía de agradecimiento, Clara le pidió a Charline, frente a las tazas vacías y a los platos con restos de cruasanes, que le eligiera su próximo destino. Estaba segura de que su nueva amiga iba a darle una buena recomendación y ella estaba dispuesta a seguirla.

—¿Si te digo un sitio me juras que irás? —le preguntó Charline con su típico acento.

—Por supuesto —le contestó Clara cargada de ingenuidad y sin pensárselo por un segundo.

—¿Me das tu palabra? —insistió Charline.

—Te la doy —se apresuró a contestarle Clara.

—Buenos Aires— le dijo Charline sin pestañear y Clara Bravo creyó que era un chiste pero al ver que su amiga guardaba silencio tuvo que asumir que esa era su propuesta. Le dedicó una sonrisa de dientes apretados y no le permitió que la acompañara al aeropuerto. No fue necesario que le contara a Charline que tenía en mente traicionarla. En ese largo día se habían conocido lo suficiente y Charline pudo adivinar su decepción y no se lo reprochó.

Se despidieron en la puerta del hostel barato y hablaron muy poco desde el bar hasta llegar allí. Se juraron que se mantendrían en contacto y que se visitarían.

Clara Bravo empacó rápidamente y es cierto que le remordió la conciencia reconocer que iba

a traicionar a la única amiga que tenía, pero hacer lo contrario era traicionarse a ella misma y eso ya jamás podría volver a permitírselo. También pensó que imaginar la situación en términos de traición era demasiado y prefirió decirse que había desoído un consejo.

Cerró la valija con una bonita imagen en la cabeza. Y algo era seguro: no se trataba de Buenos Aires.

Toda mi vida quise conocer Nueva York y luego de lo de Katarsis estaba completamente convencida de que ese sería mi próximo destino. La ciudad siempre me pareció tan cosmopolita que no dudé que aquí podría encontrar a cualquier clase de hombre que me propusiera.

Pensé que la conexión con Charline había sido mucho más afinada de lo que realmente era, por eso me atreví a proponerle que eligiera mi próximo lugar de búsqueda. Estaba convencida que se negaría a hacerlo y si se atrevía a apostar por algún sitio como finalmente se atrevió, jamás imaginé que iba a tener un espíritu aleccionador como el que demostró. Más allá de eso la seguí considerando una amiga entrañable y estuve segura que ella sabía que yo no pensaba regresar a Buenos Aires. El silencio que mantuvimos desde el bar donde me hizo la propuesta hasta el hotel, me indicó que probablemente estuviese en lo cierto y su abrazo conmovido de despedida dejó

claro que hiciera lo que hiciese ella no me guardaba ningún rencor.

—Vayas a donde vayas, no te olvides que aquí tienes una amiga —me dijo antes de subirse al mini Austin y esa fue su manera generosa de liberarme de obedecerla.

Como ya me estaba quedando prácticamente sin dinero no podía darme el lujo de un hotel, ni siquiera uno barato. De modo que opté por ciertos servicios al que concurren los jóvenes y reservé una habitación en la YMCA — una suerte de albergue de estudiantes— en el Upside Manhattan.

El lugar estaba lleno de chicos y chicas europeos que viajaban con mochilas o de ancianas que se agrupaban para, por primera vez, conocer la gran ciudad. También había grupos de deportistas que todavía no habían llegado al estrellato. Las habitaciones eran minúsculas. Apenas entraba una cama de una plaza y media y todas ellas tenían una ventana —más parecida a la de una cárcel que a la de un hotel— por la que se podía espiar el Central Park si se estiraba lo suficiente la cabeza. El lugar, sin embargo, era muy limpio y estaba excelentemente bien ubicado. A metros de la esquina de la West Central Park con la 62. Cerca de una de las mejores Barnes and Noble, con el parque a menos de cien metros, perfectamente comunicada por líneas de metros y a escasísimas cuabras de las maravillas Lexington Avenue y Park Avenue.

Podía ir andando a todos los museos y si bien estaba en la otra punta del Village, del Soho y de Tribeca, llegaba en diez minutos con una eficiente línea de metro que me dejaba en el bajo Broadway donde podía recorrer los negocios con oportunidades sobre las que había leído en las revistas. Pero en realidad poco me importaba realizar compras, quería empaparme del espíritu veloz y avisado de la ciudad. Y los primeros dos días no hice más que levantarme a las ocho de la mañana y caminar y caminar hasta que mis pies se agotaban y así pude tener un panorama más o menos vasto de la ciudad y sobre todo de los lugares donde creía que podría encarar mi búsqueda.

Estaba segura que si se producía un encuentro, este tenía que suceder de día. La noche neoyorquina me resultaba un poco incomprensible y también me asustaba. De modo que decidí no exponerme.

Confieso que luego de haber hecho el viaje en el barquito que me llevó a la Estatua de la Libertad, de caminar por Battery Park y almorzar en un japonés de Wall Street, el aspecto sobrio y como distante de muchos hombres que circulaban por allí me cautivó completamente. Decidí hacer de esa zona mi base de operaciones.

Desayunaría en distintos bares donde ejecutivos o empleados eficientes y pulcramente vestidos acudían veloces a tragar su desayuno y me pasearía por las barras de los restaurantes

que estuvieran a mi alcance a la hora del almuerzo.

Luego de dos días ese era mi plan. El dinero que tenía lo iba a reservar para esas salidas. Un hombre de trabajo, eficiente y seguro, era la clase de hombre que quería enamorar. Un hombre que no me diese sobresaltos, al que le gustase ordenar su vida con una serie de previsible rutinas. Ya no quería más emociones fuertes, sólo el hombro manso de un hombre seguro donde recostarme y vivir tranquilamente.

Imaginaba un futuro en algún bello departamento de Brooklin o hasta quizá del Village. Yo podría retomar mi profesión —por suerte la cura de animales es algo que puede ejercerse en cualquier parte del mundo—, él tendría sus horarios de agitado trabajo, yo también, y al final del día —que allí se marcaba sobre las cinco o seis de la tarde— tendríamos todo el tiempo para estar juntos. Cocinar, salir al teatro, caminar por el parque, intercambiar puntos de vista sobre el mundo y sobre todo acompañarnos plácidamente en la insólita tarea de vivir. Quizá, con el tiempo, podríamos tener una casa en el campo o en la playa de New Jersey pero eso no era ahora lo importante. Lo importante era dar con el hombre con quien compartir este proyecto. Luego de mi corto pero intenso viaje, me di cuenta de que además de sentirme enamorada, necesitaba poder compartir un proyecto que mejorase mi calidad de vida y también la del hombre con quien iba a vi-

vir. Quería un amor pero también quería un socio y esta nueva y práctica idea me pareció absolutamente reveladora porque me descomprimió de toda pasión arrebatadora. Ahora también intervendría mi cabeza, además de mi corazón, para pesar las conveniencias e inconveniencias de los futuros candidatos.

Pero planificar, evidentemente, no era lo que se me daba mejor porque Thomas Ridley se cruzó en mi camino, mejor dicho en el triste y variopinto salón de desayuno, almuerzo y cena de la YMCA, y trastocó mis perspectivas, todos mis milimetrados e infalibles planes de una patética vida tipo *home sweet home* y me devolvió a la maldita-bendita tierra de las pasiones tormentosas.

Thomas Ridley vivía desde hacía más de treinta años en uno de los pequeños cuartos de la YMCA. Era un veterano de Vietnam y un pensionado del gobierno. Había elegido ese sitio para vivir porque era el único que podía permitirse. Si bien su habitación era tan pequeña como las demás, él había hecho uso de su infinito ingenio para convertirla en un lugar agradable. Bajo la pequeña ventana había ubicado un catre desmontable que por la noche se convertía en una cama de dos plazas. Había conseguido restos de alfombras persas para colocar en el piso y había juntado por la calle una gran cantidad de mue-

bles y objetos que le daban al lugar un estilo acogedor. Un sillón de pana verde para leer, una vieja televisión que había conseguido colgar clandestinamente a una antena parabólica, una pequeña mesa y dos sillas de madera de ébano, una pequeña escultura de Hemingway —de quien era un absoluto fanático— y una cocina eléctrica con estantes de aluminio otorgaban a su hogar ese don. En los veinticinco metros cuadrados de su habitación con baño compartido había montado su hogar y estaba bastante orgulloso y podría decirse que hasta vivía bastante cómodo.

Vietnam lo encontró con un patriotismo enervorecido que lo hizo alistarse y abandonar su prometedora carrera de arquitecto. Su familia pacifista y de clase media originaria de Boston jamás lo perdonó y luego de la guerra se desentendió completamente de él.

Thomas había tenido a su única y última novia antes de la guerra, luego de la cual no tuvo más que encuentros desafortunados con mujeres. Desde hacía cinco años, cuando cumplió los cuarenta, se había empeinado en que tenía que encontrar a la mujer de su vida. Estaba seguro de que esa mujer existía, que lo estaba esperando en alguna parte y estaba convencido de que el mejor lugar para encontrarla era montar guardia en el comedor de la YMCA donde pasaban mujeres de todas partes del mundo, de todas las razas y de todos los credos.

Desde hacía cinco años había tenido aventuras, algunas más felices que otras, pero ninguna

de ellas lo había llevado a encontrar a la mujer de su vida a la que buscaba denodadamente. Ya tenía cuarenta y cinco años y se estaba impacientando. Había vivido muchos años sin un amor correspondido y se le estaban terminando las fuerzas. Pero había sobrevivido a la guerra y no quería morir por falta de amor. A pesar de que cada día se sentía más y más derrumbado, sabía que no podía abandonar su búsqueda salvadora porque Thomas Ridley como Clara Bravo creía que la vida sin amor ya no tenía sentido.

La primera vez que vio a Clara Bravo no le llamó mucho la atención. Había sido el día de su llegada cuando se estaba registrando en la recepción del albergue. Luego se cruzó con ella en el ascensor, estaba seguro de que ella ni lo había mirado, tenía unos ojos tan ansiosos y soñadores como los de él, y eso fue lo que atrapó su atención. Ese pájaro no se le podía escapar de las manos. Discretamente la siguió en sus paseos y logró entender cuál era su propósito: cazar a un elegante hombre de Wall Street. Él estaba muy lejos de eso y creía que Clara no sabía dónde se estaba metiendo. Cierta candidez en sus maneras lo conmovieron al punto de querer salvarla de meterse en una jungla peligrosa donde no había sitio para ejemplares como ella. Entonces se trazó un plan y el tercer día de la estancia de Clara Bravo en Nueva York, a la mañana muy temprano, cuando ella salió del albergue dispuesta a encontrar al socio de su vida, Thomas Ridley

volvió a seguirla con la misma discreción de los días anteriores y cuando ella se sentó en el bar más tumultuoso de la calle Bowery, sin dudarlo se unió a su mesa.

Clara Bravo lo miró sorprendida. Ese hombre era un completo error. No se parecía en nada a los que había visto los días anteriores. Tenía el aspecto de un hippie algo trasnochado y una cara y unas manos muy curtidas. Llevaba el pelo, que parecía que alguna vez había sido muy oscuro, por debajo de los hombros, en una ondulada melena grisácea. Tenía barbas de varios días y dos cicatrices que formaban una cruz en su pómulo izquierdo. Clara lo miraba y hasta podía sentir en sus ojos los pliegues de las arrugas de la cara del hombre. Vestía de un modo original, como si hubiese vuelto hacía unos minutos de una manifestación contra el G8. Su cuello estaba rodeado por una especie de collar de pequeños caracoles donde se destacaba una concha blanca que se situaba en el lugar donde debería ir la medalla que recibió luego de la guerra y que tiró a un contenedor de basura a dos meses de regresar de Vietnam.

En conjunto, aunque extraño, a Clara Bravo le resultó agradable, pero muy lejano a sus ambiciones. De modo que trató de sacárselo de encima bien pronto.

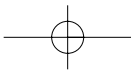
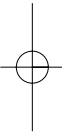
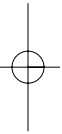
—Disculpe, pero estoy esperando a alguien —le dijo en un inglés bastante aceptable.

—Usted no me conoce todavía. Concédame cinco minutos y le cuento.

—No va a ser posible. Lo siento —insistió Clara pensando en qué injusta que era la vida con ella. Cada vez que había un loco, se le acercaba—. No querría ser descortés pero, por favor, retírese.

—Señora, sé que hace mucho que me está buscando. Yo soy el hombre de su vida.

Clara Bravo, al escuchar las palabras mágicas, se rindió, perdiendo toda capacidad de reacción. Entonces Thomas Ridley se sentó a su mesa y empezó a contarle.



9

Thomas Ridley se había pasado buena parte de su vida buscando lo que yo había comenzado a buscar conscientemente hacía casi dos meses.

A diferencia de mí, Thomas Ridley no tenía un patrón físico, espiritual o moral para encarar su búsqueda. Su romanticismo me sorprendió y me hizo sentir pequeña. Él únicamente soñaba con encontrar un destello que alumbrara su oscuridad en la mirada de la mujer esperada.

Aunque yo ya había tirado el globo terráqueo y desestimado todas las listas en las que apuntaba los rasgos necesarios del hombre buscado, todavía me movía con un patrón. Mi rauda gira por el mundo me delataba y mi estancia en ese café buscando dentro de un traje de marca cara la tranquilidad y el sosiego que me habían contado que produce el amor, no hacía más que subrayar lo lejos que estaba de la sabiduría —simple e irrefutable— de Thomas Ridley.

Me había asegurado que cuando el amor se produce recíprocamente, se caen de un modo

inexorable todos los parámetros pautados, todas las esperanzas depositadas en el cuerpo desconocido que va a convertirse en el ser amado. Y Thomas Ridley me advertía que me lo podía asegurar porque eso le había sucedido conmigo.

Si bien él ya sabía que el asunto de las listas y parámetros no funcionaba, no pudo terminar de comprobarlo hasta que se topó conmigo por segunda vez en uno de los ascensores de la YMCA. Me confesó —no sin escrúpulos— que yo había mirado a mi alrededor de tal modo que él se quedó completamente obsesionado por mi manera, entre desesperada y hambrienta, de atrapar el mundo con mis ojos, como tragándome con mis pupilas las paredes. Fue en el encierro de ese ascensor metálico donde habíamos sido los únicos pasajeros, el lugar en el que Thomas Ridley pudo captar el destello que siempre había estado buscando.

—Una cosa animal. Como de ave sagaz que necesita escapar de su jaula —me explicó en unos términos que me resultaron completamente misteriosos.

Ese milímetro de luz, me siguió diciendo retomando la idea inicial, lo impulsó a tratar de conocerme. Me contó que antes de abordarme quería obtener un conocimiento más detallado sobre mí y fue de ese modo que justificó haberme seguido. Me alivió que la situación también lo avergonzara y que necesitara encontrarle una explicación que no lo vinculara estrictamente

con el hecho de que podía estar loco. Porque en realidad eso fue lo que pensé la primera vez que hablamos en el bar de Wall Street.

Por eso le seguí la corriente y lo dejé decir lo que se le antojara después de haber pronunciado las palabras redentoras «el hombre de tu vida soy yo» o algo parecido. Todo lo que vino después me pareció, en un principio, una sucesión de disparates que hasta, incluso, me asustaron por su tozudez y despropósito. Fue por ese motivo que acepté salir del bar con él e ir a recorrer sus calles favoritas de Manhattan mientras me contaba su teoría sobre el amor. Los locos siempre me habían dado un poco de miedo.

Se demoró algo más de tres horas en describirme sus fundamentos sentimentales y en enseñarme las calles que más le gustaban, luego de lo cual me invitó a comer unas hamburguesas caseras en un restaurante al paso en el barrio de Chelsea. Como yo ya había dado el día por perdido en lo que consideraba mi verdadera y propia búsqueda, acepté su invitación y me rendí ante la idea de que probablemente tendría que pasar todo el día con Thomas Ridley. Y así fue. Por la tarde me llevó a escuchar un coro a una iglesia metodista en Harlem y por la noche me invitó a cenar el menú del día de la YMCA. Luego de comernos la religiosa ensalada de frutas, el eterno postre del albergue, me acompañó hasta la puerta de mi cuarto y se despidió dándome un beso en la mejilla.

—Hasta mañana —me dijo con absoluta naturalidad.

—Hasta la vista, amigo —le contesté como si fuese el personaje de una película doblada al castellano, deseosa por sacármelo de encima de una vez.

Pero cuando me recosté en mi cama y pasé revista a todo lo sucedido y sobre todo a sus palabras, tuve que reconocerlo. Acababa de chocarme contra mi espejo. Y eso era lo que me asustaba de Thomas Ridley, que en ese preciso momento probablemente estuviese desenfundándose los pantalones dos pisos más arriba, convencido de que había encontrado, por fin, a la mujer de su vida.

Thomas Ridley no podía estar loco y, si lo estaba, también debía estarlo yo. Pero como me encontraba bastante segura respecto de mi salud mental, concluí que me había pasado todo el día con el desconocido que ansiaba encontrar y lo había pasado prejuiciosa y estúpidamente por alto. No podía dejarlo así.

Clara Bravo estaba absolutamente convencida de sus conclusiones y no pudo dormir en toda la noche. Ansiosa porque se hiciese de día otra vez y pudiese subir corriendo al cuarto de Thomas Ridley e invitarlo a desayunar, tuvo una idea mejor. Porque en realidad no encontraba motivo para tener que esperar a que llegara la luz del día, simu-

lando un comportamiento sobrio que no la representaba en lo más mínimo. Entonces, luego de mirar el reloj y comprobar que faltaban diez minutos para las cuatro de la madrugada, se puso un vestido atractivo, uno de los que había comprado en Madrid, se lavó la cara, se cepilló los dientes y el pelo y salió de su cuarto, decidida a convertirse en el sueño hecho realidad de Thomas Ridley.

Thomas Ridley tampoco había conseguido dormir desde que se había despedido de Clara, trastornado por el encuentro, y en el momento en que Clara golpeó a su puerta, él mismo estaba dispuesto a salir en su búsqueda. De modo que cuando se encontraron frente a frente se abrazaron y se besaron y sus cuerpos encontraron una sintonía erótica de alto vuelo. Así fue como se tejió la primera puntada de un idílico romance, el que ambos creían haber estado buscando toda su vida.

Y era verdad, lo habían encontrado. Pero había algo que ninguno de los dos había tenido en cuenta. Esto: en el mismo segundo en que comienza una historia también se inicia su tiempo de descuento.

Jamás voy a arrepentirme de haber golpeado la puerta de Thomas Ridley aquella noche más allá de lo que luego sucedió.

Entré a su cuarto y no pudimos ni quisimos despegarnos hasta tres días después. Nos queda-

mos allí, adorándonos literalmente y flotando en una suerte de felicidad completamente desconocida para ambos. Nunca habíamos sido tan felices y no podíamos parar de decírnoslo. El contacto con su cuerpo fue tan natural como intenso y sentí que había conocido a ese hombre de toda la vida. Hasta llegué a pensar cómo me las había arreglado para vivir sin él todos los años y todos los días anteriores de mi existencia.

Me había enamorado del hombre menos pensado, lo sabía, y había ganado su teoría del destello luminoso por sobre la mía basada estrictamente en la racionalidad.

Esos tres días fueron inolvidables. Apenas dormimos. Hacíamos el amor y nos contábamos a tramos nuestras respectivas vidas. Así pude enterarme de su infancia en Boston y él de mi prematuro amor por los animales. Me contó de su patriotismo y de su participación de la guerra de Vietnam. Pero en eso prefirió no explayarse porque era la parte más oscura de su historia. Le había dejado en su cuerpo la marca de esas dos cicatrices en forma de cruz y le había clavado otra cruz, también para siempre, en su alma. De su participación en la guerra, rescataba que lo había enfrentado a la idea de que lo único importante en la vida era el amor. Por eso no se dedicó ni a desarrollar una profesión, ni a hacer dinero, ni a ninguna otra cosa que no fuese encontrar el amor de su vida. La pensión de la guerra le alcanzaba para vivir con lo que elementalmente necesitaba: tener tiempo, única-

mente, para buscar su verdadera fuente de alegría: esa suerte de ave travestida que era yo, me explicó en un código que no entendí y que no debería haber pasado por alto. Pero lo pasé y enseguida le conté de la sucesión de hombres de los que creía forzosamente que me había enamorado, en una búsqueda inconsciente pero idéntica a la que lo había motivado a él a su regreso de la guerra. También le conté de mi última tentativa, la parte consciente de la búsqueda, de Pablo Bravo, de todos los aviones y del globo terráqueo.

A la mañana del cuarto día amanecimos con un hambre de fieras y decidimos regalarnos un desayuno en el Plaza. En realidad, lo regalé yo porque a Thomas Ridley su presupuesto no le alcanzaba. Pero esta vez, la primera, el dinero no me importó ni hice especulaciones. Cuando terminamos de desayunar, Thomas me pidió que lo acompañara a una reunión. Se trataba de un encuentro semanal al que venía asistiendo desde hacía veinte años. Ir allí había sido su única rutina fija y lo que lo había sostenido en todos esos años en los que había vivido sin amor. Thomas ahora consideraba justo asistir al grupo y contar su experiencia conmigo y presentarme a sus colegas. Me aseguró que era algo absolutamente natural que lo acompañara. Era lo que debíamos hacer. Me resistí a ir, pero no se lo dije. Mantuve una lucha interior que no le transmití hasta que logré convencerme de que eso era lo que tenía que hacer si de verdad amaba a ese hombre. Te-

nía que hacerlo simplemente porque me lo pedía. Y eso fue lo que hice. Lo acompañé.

En el transcurso de ese encuentro fue cuando conocí verdaderamente a Thomas Ridley. Desde el primer momento en que me habló del grupo, conté que se trataría de algo referido a la guerra. No lo era. Consistía en algo mucho más inocente y por eso, quizá, más peligroso.

En un edificio no reciclado de Tribeca, el barrio cercano al puerto de Manhattan, tuvo lugar la reunión a la que Clara Bravo asistió acompañando a Thomas Ridley. Se sentía apesadumbrada porque imaginaba que tendría que escuchar enloquecidos relatos de viejos combatientes, un cúmulo de penas y zozobras que no estaba segura de poder resistir. Pero su sorpresa fue inmensa cuando subió por escalera los cinco pisos que separaban la calle del recinto donde sucedería la reunión. En la única puerta que se desplegaba allí se leía claramente un letrero que anunciaba de qué se trataba el asunto. El cartel decía en letras inmensas: «AMIGOS DEL PATO DONALD».

Thomas Ridley no dio tiempo a que Clara le manifestara su sorpresa porque apenas llegaron le hizo una confesión.

—Si no hubiese sido por Tío Rico y sus tres sobrinos, me habría suicidado.

Clara Bravo, francamente, tuvo muchas ga-

nas de reírse pero su intuición no se lo aconsejó. Sencillamente cerró la boca y se dispuso a entrar, haciendo trabajar velozmente su cabeza para encontrar una excusa y salir rápidamente de allí. Hasta que se le ocurrió algo tonto pero eficaz, decir que necesitaba ir al baño. Sin embargo, estuvo los segundos justos en el lugar como para ser recibida por los concurrentes —de un vistazo notó que eran todos hombres aparentemente mayores de treinta años— con gritos de algarabía.

—Daisy, Daisy —decían unos.

—Thomas trajo a Daisy —se explayaban otros.

—Le gusta que la llamen Clara —explicó Thomas Ridley y no volvió a abrir la boca.

Clara Bravo no tuvo una necesidad real de ir al baño porque las palabras de Thomas Ridley le provocaron una diarrea que no pudo contener. Volvía a pedorrearse, como en las épocas de Pablo Bravo. Mal augurio. Su vestido se manchó inequívocamente y un olor inconfundible embriagó a los presentes, convenciéndolos con su actitud, por si alguno hubiese tenido dudas, de que esa mujer era verdaderamente quien Thomas Ridley aseguraba que era.

No reniego de haberlo conocido y de haber llegado con él hasta las últimas consecuencias. No soy quién para decir que está loco pero sí tuve todo el derecho de sospecharlo y luego de tener

ese horrible accidente ante todos cuantos creían que yo era un pato, me fui sin decir nada. Thomas me corrió por las escaleras, seguido por otros dos fans embravecidos. A pesar de todo, me sentí totalmente calma y les dije, como para ver si funcionaba, que ellos sabían mejor que nadie a quién pertenecía mi corazón y que esperaba que esta pequeña traición nunca llegara a oídos del Pato. Ni yo podía creer que me estaba atreviendo a decir semejante cosa, pero increíblemente funcionó.

Thomas Ridley me pidió que por favor le permitiese acompañarme hasta la calle y como sentí que su tono era realmente inofensivo, lo dejé. También lo dejé besarme largamente en la boca porque ese hombre me había gustado y durante setenta y dos horas lo había amado. Cerré los ojos y respondí a su beso con sincera pasión, como si nunca me hubiese enterado de lo que había sucedido unos minutos antes.

—Yo sé que no sos Daisy —me largó para mi sorpresa y por un segundo tuve esperanzas de que me aclarase el malentendido—. Desde que te vi en el ascensor me di cuenta de que sos un cisne oculto bajo las alas mustias de esa pata revoltosa.

Lo dijo y volvió a besarme y todo parecía ahora volver a tener coherencia. ¿Una metáfora?

—Pero no te preocupes. No se lo voy a decir a nadie. Quiero guardar tu secreto.

Entonces me desmoroné completamente, per-

dida ya toda esperanza, aunque él me retuvo en sus brazos para besarme por última vez.

—Adiós —me dijo Tomas Ridley y, guiñándome un ojo, como un cómplice inocente, agregó—: Adiós, Daisy. Acordate que en mi vida todavía espero a una garza como vos.

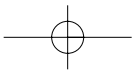
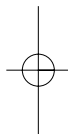
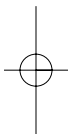
—Hasta la vista, amigo —apenas pude balbucear y esta vez sí creí que estaba en una película doblada con final triste y bizarro. ¿Pata, cisne, garza? Me hubiese gustado de verdad tener alas para escapar volando con la refinada elegancia que mis pies temblorosos no podrían ofrecerme. En cambio, volví andando muy despacito a la YMCA y recién allí me lavé. No me atreví a pasar la noche en el albergue. ¿Y si a Thomas Ridley se le ocurría desplumarme? Busqué el hotel más barato que pude encontrar, uno en Washington Square, y me instalé allí. Antes compré en una farmacia todas las pastillas de venta libre que prometían ayudar a dormir. Necesitaba dormir mucho. No quería analizar lo que me había sucedido. Me sentía completamente incapaz.

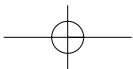
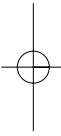
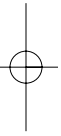
A la mañana siguiente, con el lastre de las pastillas puesto en mi cerebro, me fui a dar una vuelta por el Village, pero en realidad podría haber estado caminando por cualquier otro lado. Sólo movía las piernas hacia delante, sin rumbo, perdida dentro de mí y también en las calles. No acababa de creerme lo que me había pasado, me costaba pensar que Thomas Ridley, tan agudo y sensible, estuviese desopilantemente loco. Todas sus be-

llas teorías sobre el amor, sobre los encuentros y sobre el imperceptible destello de luz habían golpeado fuertemente mi corazón pero lo de la noche anterior había sido tan contundente que habría sido completamente suicida si hubiese dado un paso en falso. En realidad era lo único que deseaba: volver a verlo y olvidar toda esa ridícula historia de Daisy, Donald y el cisne disfrazado, pero el problema era que esa ridícula historia para él era la más pura verdad. Mientras caminaba sospequé que era tan verdad como todo lo que me había dicho antes, pero el miedo a la locura me ganó y decidí dejar esa misma noche Nueva York, dejar en paz a Thomas Ridley, y volver a Buenos Aires. Charline Deauville me había dado el consejo correcto. Por un momento quise llamarla para contarle lo sucedido, pero una mezcla de pereza con vergüenza me lo impidió. Seguramente me iba a preguntar adónde pensaba ir luego de lo sucedido y no quería tener que mentirle. Porque pensaba demorar algo más mi regreso.

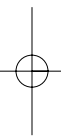
Todavía me quedaban unos pocos dólares y después de tanto movimiento, necesitaba un descanso. Decidí quemar mi último dinero en alguna playa de Miami. Era una ciudad que siempre había despreciado. Tenía la idea que allí vivían los peores ejemplares de América Latina. Pero en ese momento esa valoración no me importaba. Necesitaba una playa cercana, tibia y barata en donde poder descansar y rearmarme como escala previa a mi llegada a Buenos Aires donde tendría

que enfrentarme con mi vida. Luego de este ve-
loz e intenso viaje, no sabía aún qué había queda-
do de aquella mujer que escapó para buscar al
hombre de su vida.

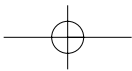
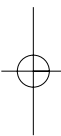




10

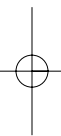


En el avión a Miami, Clara Bravo empezó a acumular un odio sostenido hacia Thomas Ridley. Notó que él había conseguido que se cumpliera la paradoja más aberrante de su vida. Si ella había decidido ser veterinaria, entre otras cosas, porque le resultaba más sencillo conseguir el amor de los animales que el de los hombres, ahora un hombre la había querido porque la había considerado una suerte de animal. Un extraño círculo se cerraba y Clara Bravo sintió con mucha fuerza que, si bien quería continuar con su profesión, tenía que poner en otra valoración a los animales y, básicamente, a sí misma, porque estaba convencida de que Thomas Ridley había encontrado en ella exactamente lo que ella emanaba. Lo había visto con la claridad irrefutable de los locos. Y entonces su mirada era toda y pura verdad. Una verdad demoledora. Y ese hombre volvía a ser el espejo donde se proyectaban todos los temores primitivos de Clara Bravo, aquellos que los miles de kilómetros recorridos y los numerosos cuerpos

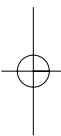


transitados no lograron ahuyentar y mucho menos explicar. Porque Clara Bravo, ni por un segundo, había conseguido sentirse a lo largo de este viaje honestamente diferente. Un pato feo y desdichado salía a relucir ante cada situación desfavorable que le tocaba vivir y daba por descontado que siempre, que cada vez, ella salía perdiendo. Nunca ganaba. Siempre perdía su propio respeto o ilusiones o la apuesta que había hecho por un futuro, inventado, ambicioso y sin bases, con uno u otro hombre. Pocas veces consideraba una ganancia haber acumulado una experiencia o haber atravesado un sufrimiento. Porque en una o en otra ocasión, no aprendía. Pasaba a la siguiente con una desfachatez y una liviandad de las que ella misma no se enteraba. Necesitaba el amor de los otros pero no contaba con el propio. ¿Y quién podría quererla si ella misma no se atrevía? Sabía que finalmente producía ante los demás lo mismo que se producía a sí misma: espanto. Si bien Ricky Vassallo o Thomas Ridley parecían amarla, Clara Bravo sabía que era una cuestión de tiempo el que llegaran a espantarse por su avidez, por su desprotección, por esa voracidad con la que necesitaba ser amada. Si algo de eso saliese de ella misma para sí, seguramente otra sería su historia. Pero era débil y necesitaba la mirada ajena para construirse. Tenía que buscar otros ojos, los suyos, y de una vez empezar a recorrerse. Eran tan intensos su distracción como su desprecio.

Faltaban dos horas para llegar a Miami. Las azafatas estaban sirviendo la cena. Clara Bravo no pudo comer nada pero sí pidió varias botellitas de vino blanco y por segunda vez en todo su viaje se emborrachó arriba de un avión. De allí sus enmarañadas elucubraciones. Únicamente ebria podría enfrentarse a lo que había postergado desde que supo que tenía que cambiar algo en su vida y, en vez de hacer lo que debía, se subió a un avión.



Luego de tomarme la cuarta botella comencé a sentir un mareo considerable. Intenté levantarme pero la fulminante gravedad de mi embriaguez me tiró otra vez hacia mi asiento. No era suficiente. Todavía necesitaba estar más mareada, casi en el borde de la inconsciencia, seguí pidiendo botellas que las azafatas siguieron suministrándome alegremente. Pero cuando pedí la novena ya me miraron con mala cara. Cuando fui por la décima, me dijeron que se había liquidado el stock. Me estaban mintiendo.



De todos modos, ya tenía encima una buena borrachera y pensaba llegar con ella a Miami. No recordaba en ese momento para qué me dirigía allí, pero contaba con que antes de subirme a un taxi por lo menos recordara adónde tenía que pedirle que me condujera y cuál era el objetivo de esa última parada previa a Buenos Aires.

Clara Bravo pudo alcanzarle al taxista un papel donde había escrito la dirección de un hotel en el South Beach, un modesto paraje en la Española Road pero en el corazón de la movida americana caribeña. Aunque el hotel apenas mostraba una estrella en su puerta, sus empleados fueron lo suficientemente caballerosos como para ayudar a Clara Bravo a bajarse del taxi, fueron lo suficientemente decididos como para tomarle de un brazo y conducirla a su habitación y fueron, también, lo suficientemente atrevidos como para quitarle la ropa y meterla en la cama, dejándole sobre la mesa de luz un par de aspirinas y una botella de agua mineral con su respectiva factura que incluía una generosa propina. Parecían acostumbrados a esas labores. Tanto a lidiar con borrachos como a adjudicarse propinas.

Cuando Clara Bravo se despertó, era de noche. Su vuelo había llegado sobre el mediodía y antes de la una ya descansaba en la cama de su hotel. La cabeza se le partía y el estómago le pedía la revancha de un vómito. De modo que, sin llegar a tener tiempo de tomarse ni una aspirina se dirigió al baño y obedeció el mandato estrepitoso de su cuerpo. Luego vino la aspirina y una bocanada de aire marino que pudo robarle a la única ventana de su habitación que daba a un patio oscuro y de paredes despintadas que seguramente tenía alguna cercanía con el mar o

lo absorbía de la corriente general de la ciudad.

Decidió que un paseo por la playa la refrescaría y también la animaría para volver a tomar las riendas de su vida.

Cuando se despertó, a pesar de la jaqueca y del estómago atorado, supo que su trabajo sería comenzar a aceptarse, retomando las elucubraciones interrumpidas en el vuelo. En el fondo sabía que, por ahora, en su vida no contaba con otro aliado que ella misma, de modo que sería bueno que empezase a querer y a respetar a ese aliado. Sin embargo, aunque sabía que era un camino que nunca había transitado y que se debía, no dejaba de parecerle excesivamente teórico. ¿Cómo podría luego de treinta y siete años de conmiseración y compulsiones autodestructivas empezar, por lo menos, a respetarse? No tenía la menor idea, pero había decidido que actuaría, al menos, como si ese amor ya estuviese sembrado y cosechado en ella. Había dado por terminadas las piruetas y las rondas por el mundo y había decidido empezar a contar con ella misma. Luego, quizá, podría encontrar al hombre soñado y luego, también, probablemente ya no sería tan importante. Al menos eso le parecía. Volvía a sentirse insegura.

Dio por descontada la obviedad de una mirada frontal en el espejo, no tenía la menor idea de dónde podía empezar a buscarse.

La brisa nocturna de la playa me ayudó a amortiguar la borrachera. Me senté al borde del mar en una playa iluminada sólo por la luna que estaba dejando de ser llena, cerca de los bares de Ocean Drive. A lo lejos se escuchaban unos tambores que repicaban con el inconfundible son caribeño. Llevaba conmigo una botella de agua que bebía frenéticamente con el afán de desintoxicarme de mi borrachera. Me dieron ganas de hacer pis, pero la belleza de la playa me inhabilitó de la impunidad que hubiese significado ensuciar su arena. De modo que aguanté todo lo que pude y, cuando ya no soporté más, me encaminé hacia el hotel donde esperaba dormir tranquilamente para poder despertarme temprano y disfrutar al día siguiente de la playa, del sol y del mar de agua tibia.

Atravesé las multitudes que caminaban por la rivera más estruendosa de Miami, llena de bares y hombres y mujeres con cuerpos esmeradamente perfectos. Por primera vez no me sentí una cucaracha y pude aceptar con tranquilidad —no con resignación— que yo era diferente, portadora de muchas otras virtudes que, para decir la verdad, todavía no tenía muy claro cuáles eran. Pero confiaba en que las encontraría. Era parte de la tarea.

La puerta de mi hotel de la Española Road prometía fiesta. Una gran cantidad de hombres de todas las edades y tipos —desde viejos con cadenas de oro y cabello teñido hasta jóvenes bellí-

simos con diseño de horas de gimnasio— se agolpaban en la entrada. No entendí bien de qué se trataba tanto alboroto hasta que llegué exactamente a dos centímetros de la entrada, lo pude medir como si hubiese llevado una regla.

Había resultado que mi baratísimo hotel de la Española Road era un reducto de travestis y de algunos pocos turistas desprevenidos que aparecían por allí, atraídos por el bajo precio y la insuperable ubicación. Entre ellos me encontraba yo, estaba claro.

La situación me divirtió mucho y sólo temí que el barullo no me dejase dormir. Pero no fue eso lo que interfirió en mis sueños. Una mujer hermosa y altísima se abalanzó sobre mí en busca de ayuda, llorando y golpeando con puños viriles mi abundante pecho.

—Ayúdame, te lo pido por Dios. Quítamelo de encima.

—Primero sacame las manos de las tetas —le dije de buen tono. Y lo hizo.

Entonces no pude hacer otra cosa: tuve que ayudarla.

—Los tipos son unos hijos de puta —siguió gritando con masculino acento caribeño.

Era un comienzo curioso para iniciar una conversación. Me había pedido que se lo quitara de encima pero a la vez me había gritado que era un mal bicho, pronunciando una de las frases que, seguramente, era de las más ventiladas en todo el mundo y en todos los idiomas. La con-

tradicción me resultó estimulante y muy cercana. No sabía de quién me hablaba pero me inquietaba la idea de averiguarlo, feliz de poder distraerme un poco de mí. De modo que la tomé del brazo, intentando tranquilizarla, y la conduje hacia el interior del hotel.

A lo lejos, me pareció ver a alguien que se dirigía directamente hacia donde estábamos. Pero ya sea que fuese así o no, nunca nos alcanzó.

—¿Por qué me decís eso a mí? Fuera hay un montón de gente —le pregunté mientras nos dirigíamos a mi habitación por las escaleras.

—Porque entre todo ese gentío no hay ni una sola mujer —empezó a decirme, jadeante por el esfuerzo de subir a pie— y necesito hablar con una.

A esa altura, ¿qué mal podía hacerme invertir unos minutos en escucharla? Abrí la puerta de mi cuarto y dos latas de cerveza que saqué del frigobar.

—Soy Alexis. Pero todos me llaman Moira. Tú puedes decirme Alexis —se presentó mientras se sentaba sobre mi cama.

Le alcancé la cerveza. La noche prometía ser larga. Definitivamente deseché toda posibilidad de dormir tranquilamente. Me senté junto a ella dispuesta a escucharla y a ayudarla, si es que me resultaba posible. Secretamente esperaba que ella me ayudase a mí.

Alexis Rivera era boricua. Había nacido en San Juan de Puerto Rico hacía treinta y dos años y desde los cinco sabía que le gustaban los varones. Recién a los dieciocho empezó a vestirse de mujer. A los veinte se mudó a Miami y allí vivía desde entonces. Tenía una colección de once pelucas que adoraba más que a su madre, bolsas llenas con uñas postizas de todos los colores, dos maletines con maquillaje, una máquina de afeitar eléctrica y tres percheros de ropa de marcas caras que compraba siempre en las épocas de rebajas. Esas eran sus únicas y más valiosas pertenencias. Alquilaba un cuarto en el hotel de la Española Road donde atendía a su clientela. Alexis Rivera no ejercía la prostitución, como podría pensarse a primera vista. Es más, elegía muy bien a los hombres con los que se iba a la cama porque cada vez que Alexis Rivera tenía un orgasmo, se enamoraba.

En su cuarto de la Española Road organizaba los shows musicales que vendía a las discotecas de la zona y tenía una muy buena reputación porque a diferencia de otros travestis jamás hacía imitaciones, cantaba sus propios temas y se jactaba de no haber interpretado nunca una canción de Madonna, a la que detestaba.

En el momento en el que Clara Bravo lo encontró gritando en la puerta de su hotel, Alexis escapaba del acoso reiterado del portero de una de las discotecas en las que trabajaba. El hombre, mucho más bajo que Alexis pero bastante más

macizo y morrudo, lo venía persiguiendo desde hacía meses. A pesar de estar casado y de ser padre de casi tres pequeños niños —uno de dos, una de cuatro y otro en camino— estaba perdiendo caliente por Alexis. Esa noche no había resistido su negativa, de modo que decidió obligarlo amenazándolo con una navaja. Alexis se defendió clavándole entre los huevos el taco aguja del zapato Gucci que calzaba en su pie derecho, golpe que disminuyó la capacidad de amenaza del portero y otorgó a Alexis una ventaja de casi doscientos metros en la persecución que se inició cuando el portero se recuperó del sacudón.

Cuando estaba prácticamente a salvo fue cuando Clara Bravo lo encontró.

—Todos los hombres son unos hijos de puta —gritó Alexis, que no se estaba refiriendo exactamente al portero.

La eficacia de su zapato y la inesperada presencia de Clara cambiaron los tantos. Alexis sobreactuó su miedo. Esa noche quería dormir con una mujer y Clara era la única que había encontrado en la puerta de su hotel de la Española Road.

—¿Por qué necesitás disfrazarte de mujer para acostarte con un tipo? —le pregunté luego de haber escuchado, con cierta desilusión, la historia de un tal portero y luego de haber descartado el asunto como amenaza inminente.

—Por lo mismo que tú te afeitas los bigotes, te pintas los labios y te pones escotes. Para gustarles.

—Ya no hay tantos hombres a los que les gusten las mujeres —le aclaré mientras descubría para mí misma una verdad que recién ahora me resultaba evidente—. En general, se gustan más entre ellos. Creo que como hombre tendrías mejores posibilidades.

—No me gustan los maricones —me respondió con naturalidad.

Entonces se produjo delante de mis ojos una transformación que me descolocó por completo.

Alexis Rivera comenzó a quitarse los accesorios que lo convertían en mujer. Primero se deshizo de su peluca de cabellos largos, lacios y negrísimos. Debajo de ella se descubrió su propia melena castaña y delicada que le caía hasta los hombros. Luego sacó de su bolso una pequeña toalla de papel con la que se quitó el maquillaje de la cara y, junto con él, años de encima. Con su cara fresca parecía mucho más joven y definitivamente más atractivo. Los rasgos voluptuosos desaparecieron abriendo paso a un rostro armonioso, de labios finos y ojos pequeños, expresivos, rodeados de tupidas pestañas naturales y enmarcados por unas cejas que, aun depiladas, no le quitaban al conjunto un toque viril que comenzaba a percibirse. La sombra de una barba oscura asomaba en su piel, destacando aún más la inminencia de lo varonil y yo empezaba a inquietar-

me. Cuando se arrancó, como en un gesto dedicado, su vestido de mangas largas y que le llegaba a los tobillos pude apreciar, para mi sorpresa, que su pecho plano estaba lleno de pelos que parecían no haber conocido jamás el filo de una hoja de afeitar o las cosquillas de una máquina eléctrica.

Por el contrario, sus piernas y brazos estaban perfectamente depilados. Era tan flaco que sus huesos se desmarcaban de la piel y no aparecía, por suerte, ningún músculo forzosamente trabajado en la máquina de un gimnasio. Se dejó el slip —en realidad una bombacha negra e insinuante de mujer que dejaba sus redondas y duras nalgas al aire— y concluyó lo que me pareció el ritual de dejar a un lado a Moira. Sus palabras me lo confirmaron.

—Este soy yo. Completamente Alexis o casi completamente —me dijo empezándose a sacar la bombacha.

—Un momento —lo detuve—. Ya te veo. No es necesario más.

—Pensé que te gustaría conocerme completamente.

—Verte desnudo no implica conocerte completamente.

—Es verdad, pero es un comienzo —afirmó y definitivamente se quitó el slip.

Entendía por qué muchos hombres podían perder la cabeza por una persona como él. Tenía la delicadeza de una dama y la potencia de un macho excelentemente dotado. Fue como si adi-

vinara mi pensamiento porque a continuación confirmó mis impresiones, ofreciéndome un pequeño y conmovedor discurso.

—Hay pocos hombres que puedan resistirse a esto —me dijo señalándose el cuerpo con las dos manos— pero yo puedo resistirme a la mayoría. No son muchos los que me gustan pero cuando eso pasa, no los puedo soltar, soy carne desechable y vergonzosa. Y ya no lo aguanto más. ¿Contigo son también tan hijos de puta? Tengo treinta y dos años y no he estado dos veces seguidas con el mismo hombre. Y no porque no me hubiese gustado. Me enamoré más de cien veces y nunca fui correspondido. Me he pasado la vida esperando que aparezca un amor. Un amor para mí. ¿Por qué tiene que ser tan difícil? Si es por estas ropas, nunca más me las vuelvo a poner. ¿Tú que crees? ¿Cómo me veo así? Yo me siento totalmente despojado.

—El despojo te queda bien.

—Pero a ti, ¿te gusto?

No sabía qué contestarle. Me conmovieron sus gestos y sus palabras. Su ternura casi infantil y su fragilidad expuestas ante mí, una desconocida. Sin embargo, toda la escena me pareció un acto de coraje que no entendía muy bien a qué venía.

—Sí, me gustás. ¿Pero qué querés de mí?

—Nunca hice el amor con una mujer. ¿Lo harías conmigo?

—La verdad es que no estoy para experimentos. Vengo de unos días que fueron puro experimento. Y, sinceramente, yo tampoco aguanto más.

De repente, los dos nos pusimos a llorar, probablemente conmovidos por nuestras propias y balbuceantes confesiones. Al principio gimoteamos tímidamente y luego pudimos desahogarnos pegando unos gritos de dolor y angustia que seguramente teníamos incrustados en el pecho desde hacía años. Alguien del hotel golpeó la puerta, preocupado, probablemente, por lo que podía estar sucediendo dentro. No le contestamos y el tipo se fue sin insistir demasiado.

Cuando paramos de llorar, estábamos verdaderamente desnudos el uno ante el otro. Entonces Alexis, se acercó y me besó en los labios y su beso me recordó mucho a mi manera de besar, con una clase de entrega y pasión que yo siempre había considerado propia. Luego su beso tibio se convirtió en voraz y lo acompañé con mi propia tibieza y voracidad mezcladas. Nos besamos y nos reímos y a los pocos minutos logró meterme en la cama para hacer el amor de un modo completamente nuevo para mí. Muchas veces me sentí un hombre; otras tantas, una mujer, y la combinación me pareció irresistible. Alexis manoteó un condón y se lo puso cuando tuvo su orgasmo que desplegó con gritos de mujer pero era un hombre y eso era lo nuevo y lo maravilloso.

Alexis pudo saber entonces cómo era una mujer en la cama y a través de él yo pude actuar como un hombre y satisfacerlo y enterarme que no era tan difícil que alguien me pudiera proporcionar el placer que necesitaba. En su cuerpo

también vi reflejado el mío y eso fue el primer atisbo de mi búsqueda. El cuerpo de un hombre con deseos de mujer había venido en mi ayuda, un espejo completamente nuevo donde mirarme, desquiciante y exacto a la vez.

Yo no sabía lo que le sucedía a Alexis luego de tener un orgasmo. No contaba con que se enamorara de mí, automáticamente. Pero para no faltar a la verdad, debo decir que a mí también me había sucedido algo.

Clara Bravo estaba fascinada por las posibilidades eróticas que le daba su incipiente relación con Alexis Rivera. Lo que más le atraía era la dualidad que podía vivir a través del contacto con un solo cuerpo. En la breve conversación que mantuvo con Alexis esa noche había creído ver despuntar el inicio de una amistad y lo que sucedió, minutos después en la cama, le hizo pensar en la fabulosa idea de una amiga que era un hombre con quien podía desplegar, sin miedos, todo su erotismo sin sentir vergüenza.

Por su parte, Alexis Rivera jamás había llegado a un pico tan alto de placer en su vida como en su contacto con Clara Bravo a la que además ya empezaba a considerar alguien en quien poder confiar.

Para ambos la idea de conectarse con sinceridad con otra persona, donde los dobleces, las locuras y los miedos, estuviesen expuestos desde el primer momento, era algo que no tenía precio y por lo

que iban a estar siempre agradecidos. Ambos sabían que, por alguna razón, cada uno se había puesto en el camino del otro, pero que luego, más allá de los sentimientos fulgurantes, cada uno debía seguir su propio camino, guardando la preciosa experiencia como un talismán para el resto de sus vidas.

Pasaron toda esa noche juntos. Clara Bravo le contó su huida de Buenos Aires cuando creyó muerto a Pablo Bravo y todo lo que le sucedió después y todo lo que le sucedió antes. Alexis Rivera le contó cada una de las veces que se había enamorado y cómo había ido elaborando la idea de tirar a la basura sus pelucas, sus uñas y sus maletas de maquillaje. A la mañana siguiente durmieron abrazados, besándose de un modo muy especial de tanto en tanto. Abrían sus bocas y respiraban el aire del otro, una transfusión de oxígeno que los llenaba de placidez y seguridad. Por la tarde se separaron. Renovados y fuertes, ahora sí se sentían capaces de encarar la nueva etapa que les ofrecía la vida y que ellos mismo se habían otorgado. No se prometieron nada. Se despidieron con un fuerte apretón de manos. Iban a extrañarse.

Juntos aprendieron que no importaba que ese encuentro se prolongara para el resto de sus vidas. Ese día había sido suficiente. Los dos comenzaron a estar seguros de que la eternidad se construye así, día a día. Entonces dejaron de tenerle miedo al futuro, soltaron el férreo control que habían pretendido sostener en cada una de sus acciones y empezaron de nuevo.

11

No me costó nada que mi padre volviese a prestarme algún dinero para reinstalarme en Buenos Aires y tampoco me costó demasiado retomar la posición profesional que había alcanzado cuando dejé la ciudad. Pude recuperar a la mayoría de mis clientes y, en ese sentido, las cosas funcionaban.

Quise sacarme cosas pendientes de encima y le mandé a Pablo Bravo un cheque con el dinero que me había reclamado en Túnez. No sé si se lo merecía pero no me importaba. Así me sentía más tranquila. Jamás me lo agradeció y yo, a su vez, agradecí su descortesía. No quería saber más nada de él.

Envié postales con buenos recuerdos a Ricky Vassallo, a Farouk Tuati y a Thomas Ridley. Me ocupé de no poner remitente. Con hombres como ellos, nunca se podía estar segura.

Le escribí una carta a Charline Deauville que me respondió inmediatamente y otra a Alexis, pero la carta vino de vuelta. «El destinatario ya

no vive allí» decía un sello del correo. Me sorprendió y me entristeció perder el contacto. Pero a esa altura, sabía un poco más de la vida. Entendía que ambos habíamos sabido aprovechar el momento y quizá la carta había estado de más. No me importaba. Yo había querido escribirla y lo había hecho. Por suerte, había empezado a hacer lo que quería sin pensar en cómo podrían tomarlo los demás.

Me alquilé un pequeño departamento en Palermo y comencé a desarrollar una serie de rutinas. Por las mañanas iba a correr al parque, luego trabajaba hasta las siete de la tarde, volvía a casa, me preparaba una cena rica y siempre tenía un DVD para ver. Estaba tranquila con la vida que llevaba. Una soledad y un celibato que había elegido. Me había dado cuenta que en mi viaje, en la búsqueda enloquecida por el hombre de mi vida, yo me había convertido en ese hombre, el hombre de mi vida había sido yo. Me había fundado y aunque durante todo el viaje tuve una mirada esquiiva sobre mí misma, a medida que avanzaba pude ir concentrándola cada vez más hasta fortalecerme de un modo que jamás hubiese imaginado que podría. No quería una vida sin amor. Pero ahora creía que sin buscarlo ese amor tan deseado terminaría por aparecer. Y sería injusta si dijese que no había aparecido. En fugaces momentos con Ricky, con Thomas y hasta con Farouk y José. En mis antiguos novios fallidos e incluso con Pablo Bravo. Cada vez sentí que amaba, ha-

bía encontrado a un hombre de mi vida. No era uno, habían sido varios y esperaba volver a sentir nuevamente esa intensidad pero esta vez la diferencia sería que me daría cuenta, que la aprovecharía en su justa medida de tiempo.

El viaje había sido tan divertido como desconazonante y había servido porque había logrado construir mi nuevo yo. Una mujer bastante segura, que se aceptaba y que, dentro de lo razonable, tenía bastante claro lo que quería.

Una de esas noches, rutinarias y tranquilas, había alquilado *Rebecca* de Hitchcock, y con una plato de galletas de muesli y un vaso de leche tibia me disponía a mirarla, cuando sonó el móvil de emergencia de la veterinaria. No sucedía con frecuencia, pero cuando pasaba —y sobre todo si se trataba de un cliente— tenía que atender y muy probablemente salir a ver qué le sucedía a alguna pobre mascota.

La voz desesperada de un niño que nunca había atendido contándome que se le estaba muriendo el perro, me hizo salir corriendo con mi maletín de urgencias hacia Almagro, no muy lejos de mi casa.

En la dirección que el chico me había dado no había ningún perro ni ningún nene. Vivía una pareja de ancianos que se sintió muy molesta por la intromisión. Desde mi móvil, llamé al teléfono que el chico me había dado pero una voz grabada me decía que tal número no existía. Seguramente correspondía a una cabina pública. Debía

haberse tratado de un chiste de algún mocoso aburrido. Me dispuse a volver a casa a ver mi película, cuando desde la oscuridad y desde detrás de un árbol una voz me asustó.

—¿Vos sos Clara Bravo?

Me di vuelta y vi a un chico como de diez años con un cachorro callejero en los brazos. El chico lloraba y el perro gemía. No sabía a cuál de los dos debía prestar más atención. Me acerqué para mirar de qué se trataba.

—¿Por qué me diste una dirección falsa?
—le pregunté tomándolo por el hombro—. Vamos a tu casa.

El chico se soltó, arisco.

—No tengo. Vivo bajo el puente de Dorrego. Si quiere vamos allá —me contestó tragándose los mocos y con un poco de resentimiento—. La llamé de un público. Siempre paso por su negocio. Si le decía la verdad, seguro que no venía. *Ricky* se está muriendo.

Me causó gracia la coincidencia del nombre y me sonreí. El chico se ofendió.

—¿De qué se ríe? ¿No ve que mi perro está mal?

—Perdoná. No tiene nada que ver con vos. ¿Qué le pasa a *Ricky*? —le pregunté mientras tomaba al animal y lo revisaba de una ojeada. No tenía nada.

—Tu perro tiene hambre. ¿Qué le das de comer?

—Cosas de la basura.

Los llevé inmediatamente a mi veterinaria. Calenté leche para el perro y vacié sobre un pote esos preparados que se venden en los supermercados y al chico le preparé un sándwich con lo que tenía en la heladera.

Los dos devoraron.

—¿Dónde están tus papás? —le pregunté al chico.

—Por ahí —me contestó con la boca llena y esquivando la mirada.

Cuando terminó su sándwich le pregunté si quería otro. Me dijo rápidamente que sí. Entonces tuvimos que salir porque mis provisiones eran escasas.

Mientras nos íbamos, le pregunté cómo se llamaba.

—Willy —me dijo, y por primera vez me sonrió.

Clara Bravo llevó a Willy al primer bar que encontró y le dijo que pidiese lo que quisiera. Willy, delgado, largo, con ojos oscuros y vivaces y un pelo largo, aspero y enrulado, era un nene lleno de pudor. Sólo quiso otro sándwich mixto.

—¿Puedo pedir una coca? —le preguntó a Clara.

Clara le dijo que sí con la cabeza mientras una ternura completamente desconocida comenzaba a nacer en ella. Se imaginó criando a Willy, como una especie de madre postiza y la

idea la llenó de energía y le gustó tanto que casi enloqueció, a punto de convertir ese deseo en una nueva obsesión.

Esperó a que Willy se terminase su sándwich y le preguntó dónde podía encontrar a sus padres. Willy se puso colorado e hizo un gesto displicente con los hombros.

—Qué sé yo.

Clara insistió.

—Hace unos meses que no los veo. Pero siempre vuelven. Se van seguido a hacer trabajos a donde consiguen.

—¿Y vos mientras tanto qué hacés?

—Vendo rosas en Chacarita. Los restaurantes ya están llenos de chicos y hasta van grandes. En el cementerio todos me compran.

A Clara le fascinó que fuese tan listo y no le dijo nada de sus planes. Esa noche invitaría a Willy a dormir en su casa con el perro y según como el chico reaccionase le haría la propuesta de quedarse con ella hasta, por lo menos, que sus padres volvieran. Estaba convencida de que ellos no tendrían inconvenientes en que se ocupara de Willy cuando tuvieran que ausentarse. Su cabeza iba demasiado rápido. Tuvo que detenerla porque eso no importaba todavía. En su momento se ocuparía. Ahora estaba frente a Willy que parecía necesitarla. Y ella también a él. Al menos por un rato, por ese día y, con suerte, por algunos más. No quería ilusionarse. Esa noche estaba ahí y ella se disponía a mimarlo. Por

eso cuando Willy terminó de comer, se lo llevó directo a su casa.

Cuando estaban llegando a la puerta del edificio, Clara divisó una figura conocida sentada en el umbral. Alexis Rivera —con ropas de varón— se puso de pie, tambaleante, cuando la vio aparecer con un niño y un perro.

—Espero que tengas mucho espacio. Vine para quedarme.

—¿A quedarte?

—¿Tienes espacio o no?

—Te escribí una carta pero...

Alexis le tapó la boca con dos dedos y le dio un beso de aire que Clara recordó y el cuerpo le tembló, mientras se llenaba de ese oxígeno tanpreciado.

—¿Es tu novio? —quiso saber Willy.

—No —dijo Clara.

—No —se superpuso Alexis.

—No sé qué somos. Pero quedate. Quiero que te quedes.

Alexis, Willy y su perro entraron al departamento de Clara Bravo.

Clara preparó el sofá del living para Willy y puso unas mantas en el piso para el perro. Encendió velas en su cuarto, donde ya Alexis Rivera, más viril que nunca pero también más femenino, con esa perturbadora mezcla que lo caracterizaba, se había desnudado y esperaba a Clara metido en la cama.

Clara se demoró unos segundos en el baño. Se cepilló largamente el pelo mientras estudiaba su cara asimétrica en el espejo. Se gustó. Se gustó más que nunca. Se gustó de verdad.

El amor había llegado por fin. Lo estaba apreciando en el exacto momento en que sucedía. Y eran dos hombres los que lo traían. Ninguno de ellos era aquel que alguna vez había soñado. Pero ya no le importaba ese sueño. Había sido la creación insolente de una mujer egoísta e inexperta. Le importaba el amor posible que se presentaba ante ella y era un amor elegido. Se desplegaba en los cuerpos de esos hombres extraños y queridos.

Clara Bravo, en silencio, les dio la bienvenida a su vida. Salió del baño. Echó una ojeada al living. Willy dormía con una respiración fuerte y acompasada. Parecía tranquilo. El perro lo custodiaba.

Luego se dirigió lentamente a su cuarto. Allí la esperaba Alexis con sus delgados brazos abiertos.

Clara se acomodó entre ellos, cerró los ojos a la vez que Alexis cerraba sus brazos para cobjarla. Por primera vez en años se sintió en paz y ya no le importaba si era sólo por esa noche.

Bendita sea esta noche —pensó— me lleve a donde me lleve.

De todas maneras, Clara Bravo sabía que si los hombres decidían partir, el perro —seguramente— se quedaría con ella.